33

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR



33

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

EDICIONES UVE

© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 4135494 y 4135543.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 7.174-1982.
ISBN: 84-7526-031-4.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

La playa a la luz de la luna

Gran Premio de Terror

Ediciones UVE





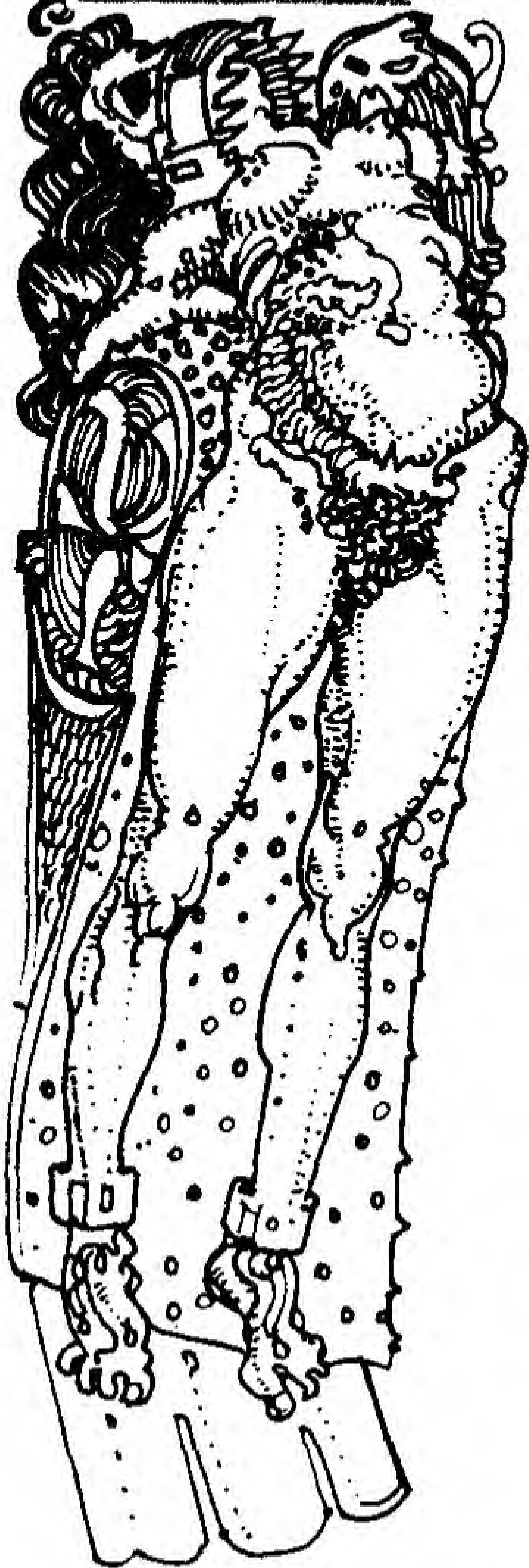
Después de graves y largas deliberaciones del Jurado, que estaba compuesto por Rafael Conte, Francisco García Pavón, Rafael Llopis, Lola Salvador y Fernando Jiménez del Oso, resultó ganador del Gran Premio de Terror, de Ediciones UVE, el relato de Juan Tébar titulado «La playa a la luz de la luna», que de nuevo ofrecemos a nuestros lectores para su reconsideración. Los relatos y autores finalistas, que compitieron en la última fase de la final, fueron: «Puerta condenada», de Pedro Montero; «El muro», de José Luis Velasco, y «Las sombras de Nathan Ketchum», de Manolo Marinero.

* * *

***Juan Tébar**, de ascendencia gallega, 40 años, se ha dedicado fundamentalmente al cine, la televisión y la radio como guionista y en ocasiones como director. Para periódicos y revistas ha cultivado el ensayo y la crítica cinematográfica y literaria. Actualmente escribe sobre libros en el diario «El País». No ha publicado todavía ningún libro y sus metas literarias más inmediatas se centran en una selección de sus cuentos y en dos novelas que tiene inacabadas.*

Su firma, como la de otros autores que han triunfado en el terror, seguirá figurando en las páginas de esta Biblioteca de Misterio y Terror de Ediciones UVE.



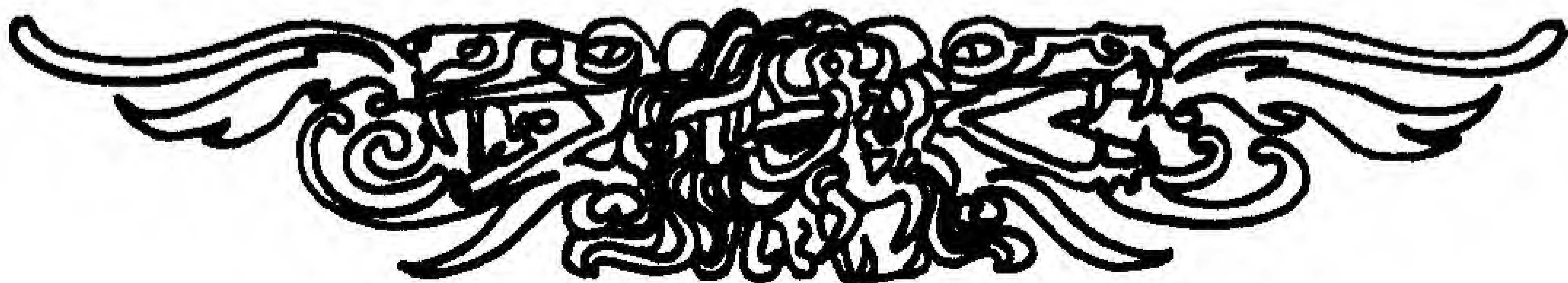


LA niña era rubia y su vestido era malva con volantes y encajes. Tenía los ojos azules y la boca chiquita y preciosa. Llevaba sobre el pelo un lazo del mismo color del vestido, y había dejado el gran aro verde sobre una roca. Chupaba un caramelo —siempre llevaba caramelos en los bolsillos— y tarareaba una dulce canción.

El sol se desparramaba a lo lejos, ya casi no sol, tiñéndose el horizonte como una salsa que se hubiera salido del cacharro.

La niña tenía seis años y sus padres se llamaban Ricardo y Leonor. Su tía se llamaba Sol y su tata se llamaba Concha. Después del desayuno no los había vuelto a ver en todo el día.

Leonor se sentó en la roca y siguió chupando el caramelo. Hacía un bellísimo ocaso. Las líneas del mar y el cielo se estaban poniendo rojas, rojas, rojas, y la superficie del agua brillaba como un tesoro. El vaivén del mar —muy leve, casi nada— llevaba como cosquillas a la



playa. Y de algún sitio venía un rumor de flautas encantadas. Era como el maravilloso país de Oz.

Leonor se había escapado aquella mañana. Andando, andando, saltando, saltando, paseando por las laderas, y luego por los bosques y más tarde por pequeños caminos, y bajando a las playas, y metiéndose entre las rocas, yendo de una a otra, y descalzándose para cruzar los charquitos del mar. Hasta llegar a esta playa redonda, al ocaso. Al mar grande. Siempre con su aro rodando delante de ella incluso por los más escarpados lugares.

Ahora Leonor se mojaba los pies y aún no tenía pena por haberse perdido. Las dulces niñas de seis años son grandes insensatas.

El papá de Leonor —don Ricardo— era un caballero de gran barba que por las mañanas se ocupaba en ir a la Bolsa. Ahora, en verano, don Ricardo dormía mucho, y a última hora de la mañana leía el periódico en el jardín. Y por la tarde sacaba a mamá a pasear en coche.

Doña Leonor era una dama buena que cocinaba grandes pasteles dorados y tocaba el piano en el salón. Era muy bonita y siempre se bañaba en una habitación rosa con muchísima espuma. Mamá, después de comer, invitaba a doña Luisa y a Margarita y a las primas de Biarritz a tomar café.

Tía Sol era horrible. Tía Sol vestía de negro y llevaba cordón de hábito por promesa y un crucifijo grande, y usaba gafas y moño y sorbía manzanilla de una jícara, sentada en un sillón de mimbre junto a las grandes macetas de geranios. Tía Sol castigaba frecuentemente a Leonor con brutales pellizcos. La niña había curioseado a veces su habitación, donde guardaba una revista con hombres en traje de baño... Pero lo que más le gustaba a Leonor era el paquete de postales de colores. Con bordados y dedicatorias,



de cuando la Tía era joven y hacía colección. También había coleccionado violetas la Tía Sol, y las ponía dentro de los libros de Misa y de los demás libros, que solían ser de Formación de la Mujer o de poesías.

La tata Concha era tonta, Leonor no la quería nada. Estaba muy contenta Leonor de estar sola ahí, en aquella playa escondida, sin Concha ni tía Sol ni nadie, pues aquella era la playa de los palos de colores clavados en la arena, que ella había visto desde el coche tantas veces. Eran muchos palos rojos, verdes, azules, blancos, negros, todos clavados en el suelo, unos torcidos y otros derechos. Como un bosque.

La niña, tarareando siempre su dulce canción —«...Yo soy la viudita del conde de Oréee...»— se quedó mirando a aquel bulto que había a unos metros de la roca. Empujó el aro hasta allí donde aquel bulto que era un muerto. La niña se acercó.

«... de Orée... que quiero casarme y no tengo con quién...».

Los botines blancos y negros, el pantalón a rayas, el chaleco bien cerrado, el cuello duro y la chalina. Era un señor pálido y sonriente, muerto en la arena. Para ella sola. Para jugar ella sola y nadie más. Cuánto se alegró Leonor de que no estuviera allí la tonta de la chacha ni tía Sol con sus ojos vigilantes, ni nadie. El señor muerto era para ella.

Y Leonor se sentó en la playa, entre dos grandes palos —verde y negro— y empezó a tocar al muerto.

Estaba frío. Leonor sabía que los muertos estaban fríos. Ella sabía muchas cosas y más de lo que normalmente saben las niñas de su edad.

Sólo se lo contaría a Juan. Juan era su único amigo, un niño de diez años que leía libros, incluso libros para mayores. Juan era un niño pálido y muy nervioso que vivía con su madre en una casa gris que a Leonor le parecía muy triste. Juan coleccionaba gusa-



nos de seda y también muchos pájaros raros. Los gusanos los tenía en unas cajas blancas de cartón y los pájaros en jaulas de perdiz. Cuando Leonor iba a verle, a veces abrían el pico a los pájaros con las dos manos y les llenaban de gusanos el buche. A los pájaros les gustaban, pero a veces, del empacho, se ponían enfermos, cerraban un ojo y se morían.

El muerto estaba tumbado como si descansara. Tenía un gesto de satisfacción que a Leonor le recordó a su padre durmiendo la siesta.

No era un señor guapo. Estaba muy pálido y muy delgado. Tenía grandes ojeras y unos labios gruesos y colorados, como las caretas de carnaval. Leonor le dio con un pie y el muerto se tambaleó un poco sobre la arena. Le dio otra vez y el muerto se movió más. Entonces le dio una patada fuerte y casi pareció que el muerto la hubiese sentido.

La niña tarareó otra dulce canción...

«¿Dónde vas, Alfonso Doce, dónde vas, triste de tí...?»

En uno de sus bolsillos Leonor llevaba los caramelos y en otro llevaba una gran cantidad de cosas: Un acerico con alfileres; una tortuguita de plomo; una bolsa roja con canicas de vidrio; una hebra del pelo de su madre, cuidadosamente envuelto en papel celofán; unas tijeritas doradas; una estampa arrancada de la DIVINA COMEDIA de la biblioteca de papá; un frasquito de medicina amarilla que cogió un día del cuarto de Juan; una pieza de un rompecabezas (era un sol y las orejas a medias de un conejo...). Y muchas más cosas.

Del acerico sacó un alfiler y pinchó al señor en una mano. No salió sangre, y Leonor, entusiasmada lo hundió hasta la cabeza. Luego lo sacó. Hizo la misma operación en la otra mano, y luego tiró el alfiler al mar.



«... Voy en busca de Mercedes, que ayer tarde la perdí...»

El señor parecía dormido realmente. Incluso Leonor creyó observar que su sonrisa se movía...

Con las tijeritas doradas, la dulce niña jugó a cortarle el pelo. Había un mechón sobre la frente que ella empezó a recortar con detenimiento. Recortó, recortó, recortó, intentando con todo esmero dejarlo igualado, pero se aburrió y el mechón no había quedado bien.

Antes de guardar las tijeritas quiso probar suerte en las pestañas del señor. Recortó las pestañas, y hasta unos minúsculos trocitos de párpado que se guardó en el bolsillo, con las tijeras.

Luego cogió la cabeza del señor con ambas manos y la levantó hasta bien cerca de sus ojos... ¿Le miraba aquel señor? Ahora había un orificio en sus ojos cerrados —el del trocito de párpado— y aunque era muy pequeño, los ojos estaban ahí, atravesando a Leonor con mirada curiosa.

—¿Cómo te llamas...? —preguntó la niña. Y el muerto no contestó. Y Leonor dejó caer la cabeza con ímpetu, y ésta rebotó contra la playa...

Leonor empezó a imaginarse nombres posibles del muerto —Juan..., no. Francisco... Moisés ... Ernesto, Richard, Rubén, Silver, Carlos, Ovidio...—. Y por cada nombre que decía en voz alta le daba un pellizco retorcido de los que tanto gustaba tía Sol. En el pellizco número veintitantos, ya sí, ya la niña pudo asegurarse que el muerto se rebullía inquieto.

El sol desaparecía a pasos de gigante. En una décima de segundo ya no hubo más. La oscuridad dio un repente terrible a la escena.

Leonor, que sabía más cosas que las niñas de su edad, notó que se había perdido. Y que haberse per-



dido quizá no era agradable y a lo peor no iba a resultar divertido.

Con la oscuridad empezaron a dibujarse las primeras estrellas y el muerto adquirió un nuevo tono amarillo.

Leonor empezó a darse cuenta de que no era buena compañía un cadáver. Y que realmente no se había portado bien con ese cadáver. Y que el cadáver había demostrado con bastante evidencia que se movía...

El muerto, vigilado por la guardia de todos aquellos palos clavados en la arena, miraba a Leonor. Y la niña tuvo frío...

La playa estaba espantosamente sola. Yretumbaba el mar. Leonor se mojó la falda con la espuma de una ola.

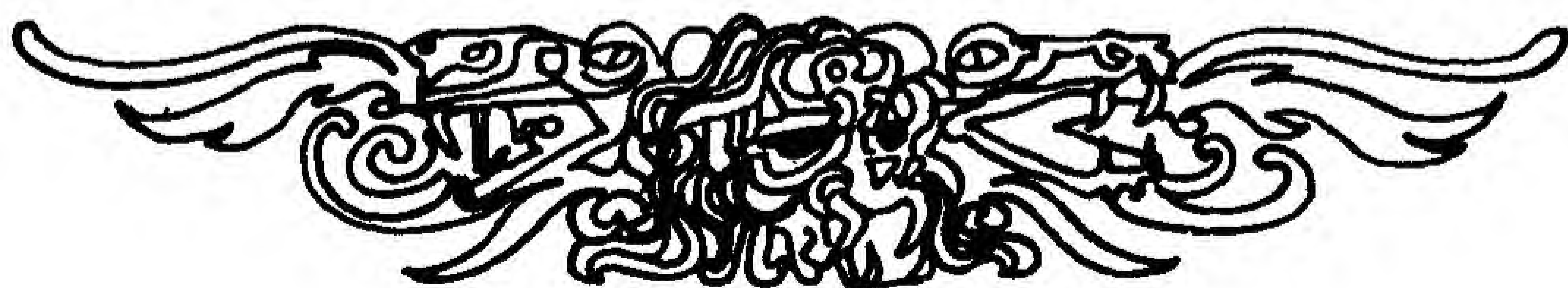
Sería imposible calcular cuántos minutos pasaron hasta que salió la luna.

Ya no era aquello el maravilloso país de Oz. Sí un cementerio a la orilla del mar. Un panteón, una helada mansión de los muertos, defendida por mil lanzas en selva interminable.

Y el muerto se incorporó. Y el muerto abrió los ojos y miró sin pestañear a la niña, que ya no tarareaba ninguna dulce canción.

El muerto se puso de pie. Y entreabrió los labios. Y dos largos, afilados, sangrientos, ávidos colmillos centellearon como alfanjes a la luz de la luna.

Leonor gritó, porque las dulces y encantadoras niñas suelen tener miedo, aunque sean del temple de Leonor. Y gritó fuerte, con auténtico miedo, porque entendió a la perfección que aquel señor no había estado nunca realmente muerto (realmente era un NO MUERTO, como le hubiera explicado Juan, que sabía mucho de eso). Supo sin ninguna duda que aquello con lo que había estado jugando era un vampiro. Y la morbosidad y la perversión de Leonor no



llegaban al extremo de que le gustasen los vampiros (A Juan sí... El decía que le entusiasmaban). Y menos en una playa solitaria, a la luz de una luna tan cruel, a doce horas y quién sabe cuántos kilómetros de la más cercana presencia de sus padres, su tía Sol y tata Concha, por más que no los quisiera mucho.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el vampiro. Y la niña no contestó. Y el vampiro cogió a la niña por la cabeza, y la soltó con ímpetu, y la cabeza rebotó contra la playa.

El vampiro dio con un pie a la niña, una y otra vez. Y luego le dio una patada fuerte, que hizo a Leonor sentir la boca llena de sangre.

Cuando el vampiro vio aparecer la sangre por la comisura y deslizarse como un arroyuelo por el mentón de la niña, se lanzó sobre ella con una gran sonrisa.

La niña había vuelto a sacar sus tijeritas doradas y se las clavó al vampiro, en el pecho. Consiguió escurrirse y echó a correr por la playa.

El vampiro se había vuelto a poner de pie. En el pecho, clavadas las tijeritas hasta el fondo. No hizo un gesto de dolor, ni uno solo, y lanzó un alarido escalofriante, un grito de ave de presa, un sonido de guerra, total, desgarrador, mitológico. Parecía el rey de la noche, el rey de la playa, el rey del mar, el rey de la luna. Y en una fracción de segundo se convirtió en un murciélago, que iba en picado sin freno hacia la niña del lazo y el vestido malva, con sus volantes y encajes (aquella que cantaba las dulces canciones...), lanzada ahora a la más loca carrera entre las innumerables estacas de colores.

Leonor dio vueltas, vueltas, vueltas, vueltas, entre una estaca azul y una estaca roja; entre una estaca negra y una estaca verde; entre una amarilla, una gris, una blanca, una azafrán, una turquesa, una ciclamen,



una innombrable estaca de indefinible color, larga y puntiaguda como una pica. Y arrancó la estaca verde y se la lanzó al vampiro hacia los aires, y le lanzó la estaca amarilla, y la turquesa y la negra, y la indefinible, y todas las estacas que se iban ofreciendo a su paso, sin mirar casi, confiando en clavarle, en atravesarle contra la luna, perforándole el corazón, único modo —como bien le había explicado Juan— de librarse de un vampiro.

La niña miró por fin atrás. Y de cada estaca desclavada había surgido un vampiro, porque bajo cada estaca de color descansaba un vampiro su sueño casi eterno, con la playa sobre su letargo. Y la niña comprendió que aquel rincón del mundo era un cementerio de vampiros y ella había liberado a centenares, a miles de aquellos monstruos. Por cada estaca clavada en la arena, un vampiro indefenso la soportaba en el corazón.

Ya eran tantos los murciélagos que volaban en círculo... Leonor cayó en el suelo y cerró los ojos. Notó la viscosa nube sobre su piel. Y en su garganta los labios y los dientes, y las risas, y los jadeos. Y gritó, gritó, gritó, sin que nadie la oyera, salvo todos los vampiros soliviantados por su perversidad.

Todos los murciélagos —alguien podría verlos en plano cenital si se hubiera colgado de la luna— se transformaron en miles de reyes nocturnos vestidos con perfecta elegancia de grandes caballeros.

Empezaron el juego lanzando a la niña por los aires tras cada bocado, en loca, sublime y alborozada orgía...







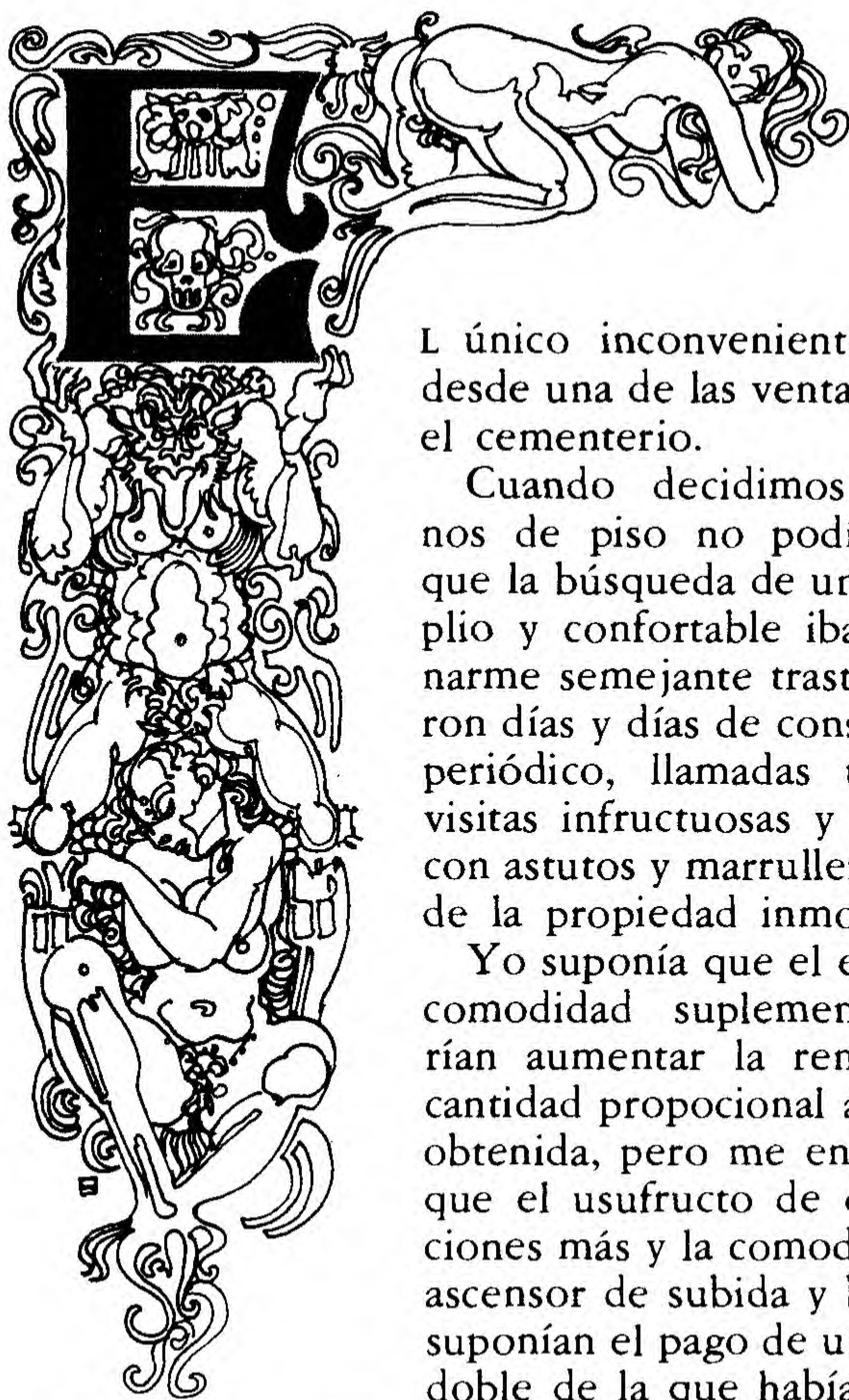
El cuarto de invitados



El cuarto de invitados

Pedro Montero

Emplearon mimo y dinero en hacer confortable y acogedor su nuevo cuarto de invitados... Y, sin embargo, fueron aislándose cada vez más de sus amigos y parientes, impelidos por un juego inevitable y morboso.



L único inconveniente era que desde una de las ventanas se veía el cementerio.

Cuando decidimos trasladarnos de piso no podía suponer que la búsqueda de uno más amplio y confortable iba a ocasionarme semejante trastorno. Fueron días y días de consultas en el periódico, llamadas telefónicas, visitas infructuosas y entrevistas con astutos y marrulleros agentes de la propiedad inmobiliaria.

Yo suponía que el espacio y la comodidad suplementarios harían aumentar la renta en una cantidad propocional a la ventaja obtenida, pero me encontré con que el usufructo de dos habitaciones más y la comodidad de un ascensor de subida y bajada presuponían el pago de una cantidad doble de la que había satisfecho hasta el momento. Pese a lo cual, tras consultar con amigos y conocidos, vine a comprender que, si no una verdadera ganga, el alquiler de aquel piso podía considerarse razonable.

Con gran alivio por mi parte, Esperanza no objetó nada al hecho de que, desde una de las habitaciones de atrás, pudiera contemplarse una regular extensión de la Sacramental. Antes bien, con un cierto humor

negro del que a veces hacía gala sugirió que aquella podría ser la habitación destinada a los invitados.

Mi esposa no poseía en absoluto un carácter misantrópico. Contrariamente a esto, Esperanza era aficionada a llevar una vida social activa y hasta frenética en ocasiones, pero si había algo que no soportaba era la presencia de terceros en la casa, especialmente en una estancia continuada. Esto era debido —imaginaba yo— a la estrechez e incomodidad de nuestra vivienda anterior. Resultaba ciertamente ingrato recibir visitas de más de dos personas en nuestro reducido comedor y una verdadera catástrofe invitar a alguien a dormir, lo que suponía el momentáneo desmantelamiento de la sala de estar y su transformación por una noche en improvisado dormitorio.

Lo limitado de nuestra vivienda y la imposibilidad de corresponder adecuadamente a fiestas y celebraciones nos coartaban a la hora de aceptarlas. No tanto esto último como la necesidad de vivir en una casa más adecuada a nuestras posibilidades fue lo que me movió a iniciar gestiones para cambiarnos de piso.

Durante cerca de dos meses nuestra vida transcurrió en función del traslado de domicilio.

Dejamos de aceptar invitaciones y perdimos contacto, como no fuera el telefónico, con numerosas amistades y conocidos. La mudanza supuso la casi exclusiva dedicación de los ratos libres a empaquetar enseres y llevar a cabo una limpieza general de papeles y objetos inútiles acumulados durante seis años de matrimonio. Hubo que efectuar cuidadosas mediciones de todos los muebles para buscarles una ubicación adecuada en el nuevo piso, desechar algunos por inútiles y adquirir otros más en consonancia con la amplitud de las nuevas habitaciones.

La duda surgió a la hora de amueblar la habitación de invitados.

Sabiendo que tan sólo esporádicamente y muy de tarde en tarde se quedaría alguien a dormir, nos resistíamos a la idea de tener una habitación ocupada con dos camas y los muebles propios de un dormitorio.

Parecía más razonable la adquisición de algún sofá-cama que permitiera utilizar aquel cuarto —en ausencia de invitados— como una segunda sala de estar. Pero, por otra parte, la funcionalidad de esta segunda solución restaría cierta distinción a la categoría de nuestras invitaciones: no es lo mismo reposar en un dormitorio dedicado a tal efecto que hacerlo en una habitación transformable y sólo transitoriamente alcoba.

Decidimos finalmente sacrificar un segundo ambiente de estar en aras de una mayor elegancia, y así lo hicimos.

Lo que en realidad ocurrió fue que, debido quizás a la lejanía de nuestro nuevo domicilio o a lo singular de las vistas desde la habitación de invitados, casi ninguno lo fue por más de una noche, lo que no pareció disgustar en absoluto a Esperanza.

Sea como fuere, y con vistas a alguna invitación de categoría en la que la confortabilidad y la elegancia fueran fundamentales, no regateamos nada para dotar a la habitación de los invitados de todo lo necesario e incluso de lo superfluo.

Además de los correspondientes lechos, armario ropero y demás muebles propios de un dormitorio, instalamos un teléfono supletorio —verdadera extravagancia sugerida por Esperanza—, una extensión del hilo musical y, sobre una mesita adecuada, situamos el antiguo televisor de blanco y negro.

Cuando por fin nos encontramos asentados en el nuevo piso, advertimos que, buscando deslumbrar a nuestros conocidos y amistades, habíamos dilapidado grandes cantidades de dinero en el amueblamiento de una habitación que, debido al servicio al que había sido destinada, iba a encontrarse desierta la mayor parte del año.

Una vez que hubimos dado el toque final con la colocación de las costosas cortinas, cerramos la puerta y tan sólo entrábamos allí de cuando en cuando para solazarnos con el efecto que aquella confortabilidad habría de producir en nuestros invitados.

Como, por otra parte, la calefacción del piso era individual y no era cuestión de derrochar energía, la manteníamos apagada casi siempre en la habitación de invitados, con lo que durante aquel mes de noviembre, el cuarto se convirtió en un ámbito inhóspito y gélido apenas visitado por Esperanza para efectuar la limpieza y abrir la ventana para que se renovara su enranciada atmósfera.

¿Por qué llegamos a desear con tal fuerza tener invitados a los que alojar en aquella habitación? ¿Qué insensatas apetencias de dar utilización a la habitación nos incitaban a ofrecer hospedaje a conocidos y amistades circunstanciales? ¿Por qué no nos limitamos a esperar pacientemente en lugar de intentar propiciar la acogida de alguien en aquel cuarto?

El primer indicio de que algo extraño iba a suceder lo tuve un día en que, mientras mantenía una conversación telefónica, tuve la impresión de ser escuchado por un tercero. Quizás un chasquido, una resonancia especial que modificaba el timbre de mi voz y de la de mi interlocutor, me hicieron sospechar que —inadvertidamente, desde luego— Esperanza había descolgado el supletorio de nuestro dormitorio.

Preferí no hacer ninguna observación sobre el particular por si se trataba de una impresión meramente subjetiva y me olvidé de ello a los pocos días. Una semana después, volvió a ocurrir lo mismo, y, como mi interlocutor era una persona locuaz cuyos parlamentos no era posible interrumpir sino con afirmaciones iterativas, deposité el auricular sobre la mesita y, experimentando cierto bochorno por lo que hacía, entré en nuestro dormitorio, en el que no había nadie. Pasé delante de la puerta de la habitación de invitados, pero en lugar de entrar preferí llamar a Esperanza, que me respondió desde la cocina.

Una vez de vuelta al salón, pude comprobar que mi interlocutor no había advertido mi ausencia y continuaba entusiasmado su monólogo, de cuyo contenido no pude ya enterarme debido a que mi imaginación se hallaba ocupada en otra cosa.

La siguiente ocasión en que supe que algo anormal estaba ocurriendo fue el día en que Esperanza me recriminó por haber dejado un cigarrillo a medio consumir en un cenicero de la habitación de invitados. No obstante el barrunto de que aquello era una advertencia, preferí pensar que, puesto que yo no había entrado en aquella habitación desde hacía días, y Esperanza y yo fumábamos la misma marca de cigarrillos, había sido ella la que había sufrido el olvido que me achacaba a mí.

Mientras tanto, continuábamos haciendo tentativas para que alguien se quedara a dormir en nuestra habitación de invitados. Si algún amigo lo estaba a cenar, procurábamos prolongar la sobremesa hasta que lo avanzado de la hora hacía justificable el ofrecimiento de albergue por aquella noche.

Lo que ocurría la mayor parte de las veces era que nuestras insinuaciones aceleraban su partida tomando nuestra oferta por una despedida solapada. Tan sólo en alguna ocasión aceptó alguien, pero al advertir la frialdad de la habitación, lo protocolario de su amueblamiento y quizá lo poco halagüeño de sus vistas, en seguida buscaban una excusa para irse.

Cierto día mantuve una fuerte discusión con Esperanza porque me acusó de haber dejado encendida durante toda la noche la lámpara de la mesilla de la habitación de invitados. Por la mañana, cuando había entrado para efectuar una limpieza rutinaria, había vuelto a encontrar una colilla en el cenicero y la luz encendida.

En otra ocasión, fui yo quien la acusó de mantener conversaciones telefónicas a mis espaldas (no me atreví a acusarla de espiar las mías por temor a equivocarme).

Ella lo negó rotundamente y aseguró con vehemencia que apenas si entraba en aquella habitación —a la que empezaba a tomar ojeriza— para limpiar el polvo y arreglar las camas, puesto que yo —aseguró— había tomado la costumbre de tumbarme en una cuando ella no me veía.

Así fue transcurriendo el tiempo mientras, a causa de los incidentes ocasionados por la habitación de invitados, iban empeorando nuestras relaciones.

Aquellos singulares hechos se multiplicaron de tal modo que daba la impresión de que, en ausencia del otro, cada uno de nosotros se dedicaba a dejar en aquel cuarto rastros delatores de una presencia humana: las cortinas aparecían descorridas, el teléfono descolgado, las camas deshechas, el televisor encendido.

Finalmente, cada cual por su lado, hubimos de convenir tácitamente en que era el otro el que había iniciado el extravagante juego. Y como los indicios de que aquella habitación estaba ocupada eran cada día más notorios, decidimos —sin manifestarlo expresamente— que era preferible continuar el juego que de forma tan singular se había iniciado. De aquella forma, lo que, de haber sido tenido rigurosamente en cuenta, hubiera llegado a constituir un motivo serio de ruptura, se convirtió en una distracción que no dejaba de tener su vertiente morbosa y, por lo mismo, atractiva.

Como siempre suele ocurrir, cuanto más espacio disponible se tiene, tanto más se necesita. Y a fin de no padecer estrecheces ni incomodidades, sobre todo en lo referente al almacenamiento de prendas de vestir, habíamos trasladado al armario de nuestra habitación de invitados un cierto número de prendas de uso menos frecuente: Esperanza guardaba allí algunos trajes de noche, el abrigo de pieles y la mayoría de sus trajes de verano. Yo, por mi parte, había relegado a aquel guardarropa algunos ternos pasados de moda, varios pares de zapatos y el smoking.

Ninguno de los dos se quejaba ya de las distracciones del otro, sino que achacábamos el desorden y la alteración del natural estado de las cosas a la desidia de nuestros invitados.

Si en la puerta de la habitación aparecían unos zapatos míos, Esperanza lamentaba el abuso de confianza de nuestros huéspedes y terminaba lustrándo-

los y sacándoles brillo. Cuando algún cenicero amanecía lleno de colillas con un extremo manchado de lápiz de labios, yo las tiraba a la basura quejándome de la tranquilidad de los invitados.

De aquella forma, fuimos alejándonos cada vez más de nuestras amistades y viviendo cada día más aislados y concentrados en nosotros mismos y en nuestros invitados.

Si alguien nos llamaba por teléfono, Esperanza colgaba lo más pronto posible excusándose de hacerlo por la atención que reclamaban nuestros huéspedes. Yo rechazaba cada vez con mayor frecuencia las invitaciones de mis amigos pretextando que no podía dejar sola a Esperanza con los invitados.

Cierto día en que, debido a la acumulación de trabajo en la oficina, preveía que llegaría a casa con retraso, telefoneé a Esperanza para ponerla sobre aviso. Intenté la comunicación infructuosamente varias veces y, finalmente, al cabo de una hora, conseguí hablar con casa.

En principio pensé que había marcado un número equivocado. Su voz, debido quizás a alguna afonía pasajera, había adquirido un timbre especial.

Le pregunté si se encontraba bien y, al responderme afirmativamente, le comuniqué que aquel día no llegaría a casa hasta cerca de las once. Ella vaciló un momento. Acto seguido repuso que se lo comunicaría a mi esposa.

Tras unos segundos de desconcierto por mi parte, comprendí que me estaba hablando en aquella clave lúdica a la que tanto recurríamos en los últimos meses y que ya estaba empezando a cansarme. De todas formas, con objeto de no contrariarla y no encontrarme con caras largas cuando regresara a casa después de una larga jornada de trabajo, preferí seguir el juego.

Le rogué —tras interesarme por su salud y por la de su esposo— que comunicara a su anfitriona mi recado. Ella me aseguró que podía perder todo cui-

dado: cuando Esperanza regresara de la calle le transmitiría mi mensaje.

Apenas entré en la salita de estar me di cuenta de que mi esposa estaba de mal humor.

Me sirvió la cena sin dirigirme la palabra y respondió sólo con monosílabos a mis ocasionales preguntas. Por último, arriesgándome a tener que soportar una tormenta, inquirí de ella cuál era la falta que había cometido, puesto que la expresión de su rostro —de sobra conocida por mí— me hacía sospechar que yo era el causante de semejante mal humor.

Esperando aquella oportunidad que yo le había brindado, ella se desahogó a sus anchas y repuso que ya era hora de que dejara de considerarla un cero a la izquierda. Y, al preguntar yo por qué había venido a parar en aquella consideración, replicó diciéndome que había pasado la tarde intranquila sin saber qué me había ocurrido.

Aquello me desconcertó y medité un instante antes de responder.

Era evidente que yo había hablado con ella, aunque no pude precisar exactamente la hora; por lo tanto, Esperanza deseaba continuar el juego. Por otra parte, aquella ficción que sosteníamos se iba manifestando ya intolerable. No era admisible que, lo que había comenzado como una distracción, se tornara un motivo de disgustos y malos humores.

Opté, sin embargo, por hacer acopio de paciencia y seguir la broma.

Le dije que había hablado con uno de nuestros invitados cuando ella no se encontraba en casa y que le había rogado que, apenas ella regresara, le transmitiera mi recado.

No sé si satisfecha o no con mi respuesta (es lógico convenir en que así fuera), dulcificó la expresión de su rostro y comenzó a ponerse de mejor humor. Me explicó que había tenido que salir un momento y que, a su regreso, nadie le había comunicado mi mensaje. Y, bajando la voz, empezó a criticar a nuestros invitados —sobre todo a la mujer— por su desi-

dia y su tranquilidad: no sólo se permitían vivir a costa nuestra desde hacía tiempo, sino que ni siquiera se molestaban en prestar favores que cualquier vecino —persona más extraña que ellos, al fin y al cabo—, se hubiera apresurado a realizar.

Yo asentí de mala gana y, por gozar de una velada tranquila más que nada, seguí el juego hasta que el humor de Esperanza se tornó tan radiante que la conversación derivó hacia temas más personales e íntimos. Cuando poco más tarde hacíamos el amor en nuestro dormitorio, sentí que debía cubrir su boca con mis labios a fin de ahogar los suspiros que, sin ningún género de dudas, podrían ser percibidos desde la habitación de los invitados.

Me desperté muy tarde la mañana siguiente y, tras consultar el reloj sobresaltado, advertí que era domingo.

Me volví hacia el lado izquierdo de la cama, pero mi esposa ya se había levantado. Seguramente aparecería de un momento a otro con la bandeja del desayuno, pequeña debilidad que yo me permitía los días festivos. Pero como al cabo de media hora no hacía acto de presencia, me levanté sigilosamente y me dirigí a la cocina, que se hallaba desierta. Tras buscar por toda la casa, entré bruscamente en la habitación de los invitados.

Esperanza yacía desnuda en una de las camas y, apenas me vio, se sobresaltó y ocultó su cuerpo con una sábana, como si hubiera sido sorprendida por un extraño en actitud vergonzosa. Yo permanecí perplejo un momento, transcurrido el cual, Esperanza prorrumpió en amargo llanto.

En aquel momento supe que mi mujer me había engañado.

Me aproximé al lecho mientras una rabia sorda iba aporderándose de todo mi ser y permanecí en pie en actitud amenazante. Ella, gimiendo lastimeramente, me pidió perdón por su infidelidad y me confesó que, la noche anterior, había mantenido relaciones físicas con uno de nuestros invitados.

Me contuve con un brazo en alto y, para no descargarlo sobre su rostro, lo hice sobre la lámpara de la mesilla, que voló hecha añicos. Acto seguido le pedí que me diera explicaciones de su comportamiento y, entre suspiros entrecortados, lo hizo.

Al finalizar su relato, me sentí perplejo y profundamente herido. No me cabía duda de que había sido yo el que había hecho el amor con Esperanza, pero, según lo que me iba contando, en serio o en broma, siguiendo el juego o hablando sinceramente, para ella aquella relación había sido claramente adúltera: en su fuero interno había hecho el amor con nuestro invitado masculino.

Ciego de ira, la obligué a cubrirse y le ordené que permaneciese en la habitación de huéspedes. Regresé al dormitorio y, al cabo de un rato, me dirigí al cuarto de invitados y llamé subrepticiamente a la puerta. Entré con todo sigilo y me detuve a los pies de la cama llevándome el índice a los labios en señal de solicitud de silencio.

Esperanza, repuesta ya de su crisis, me miraba extrañada desde la cama.

Me fui acercando poco a poco mientras mi mirada se hacía progresivamente más lúbrica y, finalmente, ella comprendió mis intenciones: deseaba vengarme utilizando la misma arma que ellos habían empleado para engañarme.

No sé si por complacerme o por propio y personal goce, Esperanza adoptó una actitud de defensa. Se cubrió con las mantas hasta el cuello y, temblorosa, me dio los buenos días y me preguntó por mi esposa. Yo, a mi vez, repuse que, puesto que su marido había salido, no quedaba nadie en la casa a excepción de nosotros dos.

Su expresión de temor se acrecentó al ver que me sentaba en la cama y alargaba una mano a la búsqueda de una de sus piernas. Se encogió cuanto pudo y me rogó que la dejara sola. Su marido o mi esposa podían regresar en cualquier momento y sorprendernos.

Haciendo caso omiso de sus súplicas, continué mis avances. La despojé de las sábanos y la contemplé como si jamás hubiera visto su cuerpo desnudo. Sus ojos denotaban temor, aunque, en el fondo, quizá podía percibirse una chispa de gozo.

Me lancé sobre ella, que se defendió de mi ataque con uñas y dientes y hundí mi boca en la suya. Poco a poco, su resistencia fue disminuyendo, aunque no llegó a desaparecer, y, cuando advertí que la presión de sus muslos flaqueaba, la violé salvajemente.

Aquel mismo día, por la tarde, conversamos detenidamente y convinimos en que había llegado el momento de deshacernos de nuestros invitados. Su presencia había pasado de ser simplemente molesta a resultar inoportuna, más aún, infamante.

Dándole vueltas al asunto, considerábamos la forma más idónea y menos dolorosa de hacerlo. Era imposible deshacernos de ellos de un plumazo: su presencia había ido haciéndose familiar y casi imprescindible. En cierto modo, nos hacían compañía.

Por otra parte, nada más inadecuado que ponerlos de patitas en la calle: aquella actitud no era digna de unas personas civilizadas. Y, además, ¿quién nos aseguraba a nosotros que iban a aceptar marcharse tranquilamente? La insolencia del esposo había llegado a tales extremos que no había vacilado en hacerle el amor a Esperanza. Por otra parte, la invitada no había dudado a la hora de prestarse desnuda ante mí en el lecho y seducirme. Sus molestias y abusos de confianza llegaban al límite de lo tolerable: teníamos que cocinar para ellos, lavar su ropa sucia, asear su habitación, mantenerlos. En una palabra, se habían convertido en nuestros parásitos.

La única solución posible para apartarlos definitivamente de nuestras vidas era asesinarlos.

Aunque a Esperanza y a mí nos repugnaba la idea, conversamos acerca de ello en nuestro dormitorio procurando hablar en voz baja. No era cuestión de emplear la violencia: ni ella ni yo hubiéramos sido capaces de utilizar adecuadamente un arma. Lo más

indicado era un sistema rápido y silencioso: veneno.

Esperanza guardaba en el armario del cuarto de baño un frasquito de un medicamento altamente tóxico que había pertenecido a su padre. Unas cuantas gotas bastaban para reanimar el corazón y elevar el ritmo de sus latidos caso de súbito desfallecimiento, pero una dosis elevada resultaba mortal de necesidad al provocar que la víscera cardíaca se desbocara hasta detenerse definitivamente.

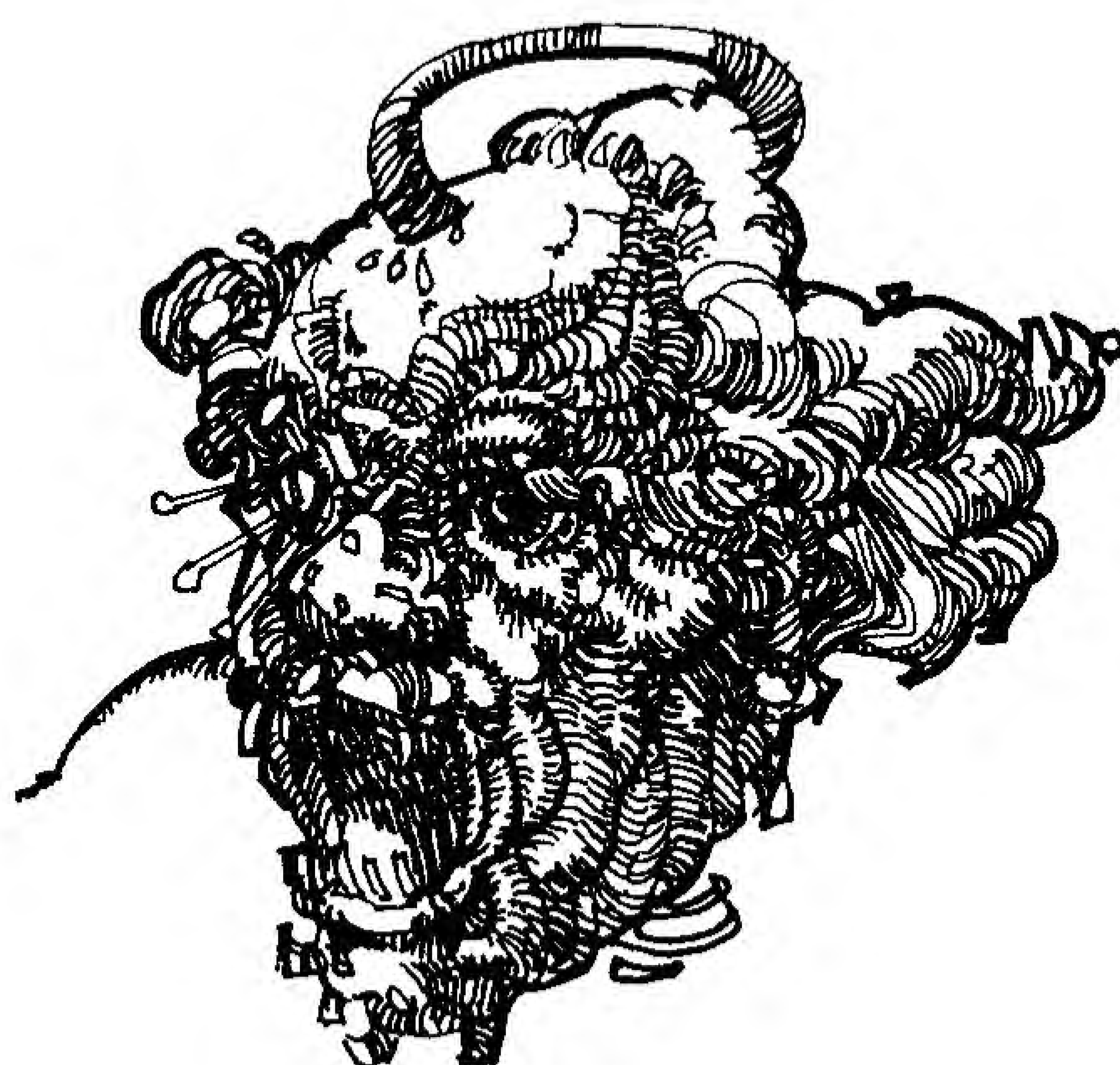
Una vez que lo hubimos planeado todo, preparamos entre los dos una suculenta cena, pusimos la mesa y la adornamos convenientemente. Distribuimos con armonía la hermosa vajilla y situamos ortodoxamente los cubiertos de plata.

Abrí una botella de vino y lo escancié en las copas, no sin antes haber depositado en las suyas una considerable cantidad del veneno. Su sabor quedaba perfectamente disimulado merced al fuerte gusto del rioja, y todo lo que teníamos que hacer era proponer un brindis y esperar escasos segundos para que se produjera nuestra liberación.

Cuando todo estuvo dispuesto, entramos en el dormitorio y comenzamos a vestirnos convenientemente. Tratándose de una cena de aquellas características era preciso no dejar ningún detalle al albur.

Ella escogió el más hermoso vestido de noche, ampliamente escotado, y peinó sus cabellos de tal forma que el resultado fue de una gran belleza. Dudó a la hora de las joyas, y se decidió finalmente por un sencillo broche de brillantes. Yo vestí el elegante smoking y, como suele ocurrir, esperé pacientemente fumando un cigarrillo a que mi esposa terminara de arreglarse.

Una vez que estuvimos dispuestos nos miramos y, sonrientes, abandonamos la habitación de los invitados. En el comedor, la mesa presentaba un aspecto radiante. El fuerte color del rioja escanciado en las copas constituía una irresistible invitación a beberlo.




Trampa
dorada



Trampa dorada

José Ignacio Velasco Montes

Quería al dios de la riqueza
para que le diera oro, y éste,
complaciéndole, le entregó mucho
más del que podría gastar
en mil vidas.



ODO habían sido dificultades desde que abandonara el barco en Calcuta. Hacía ya días que el río Ganges quedó atrás, y con él la relativa tranquilidad de lo conocido, de lo habitual. Ahora, mientras caminaba por largos y a veces empinados senderos rodeado de extraños hombrecillos de ojos oblícuos, mirar torvo e inexpresivo, sentía deseos de renunciar, de volverse. Pero ya era tarde y debía seguir adelante.

A veces, cuando el cielo se mostraba claro y sin niebla, podía ver la ingente mole del Tíbet a cuya falda Sur se encontraba su destino. El viaje era lento, dificultoso, imprevisible, y él tenía que salvar las apariencias acumulando muestras de plantas y minerales. El estudio científico le había abierto las puertas y su conducta debía ajustarse a la de un sabio. Suponía que le observaban y una ansiedad que nunca pensó que pudiera sentir le asaltaba con creciente intensidad. La incapacidad de comunicarse con los porteadores empezaba a preocuparle y la sensación de soledad le volvía cada vez más temeroso y desconfiado. Todos sus intentos de hablar con sus acompañantes

abocaban rápidamente en los mismos gestos de desinterés y ambigüedad por parte de ellos.

A lo largo de los meses de preparación del viaje todo le había parecido fácil. Hablaba medianamente el idioma de la región, sabía lo suficiente de botánica y mineralogía para clasificar y reconocer diferentes variedades y había leído cuanto consiguió encontrar sobre el estado tibetano. Pero todo resultaba inútil con aquel medio centenar de enjutos chinos que transportaban su impedimenta. Los trajes de colores chillones, sus raros sombreros de pelo de animales, su infatigable caminar sin abrir la boca, todo aquello le producía escalofríos. Era como si supieran la realidad de sus intenciones y mostraran así su crítica.

Conforme ascendía hacia la cuenca del río Tsangpo, el paisaje cambiaba con rapidez y con él toda la flora. Tenía que detenerse continuamente y tomar muestras de árboles, matas y flores, y escarbar el suelo, trocear minerales e ir colocando cada ejemplar en el herbario o en los cajones del muestrario de piedras. No podía cometer un fallo que llamara la atención de los que le acompañaban.

Pero él resistiría hasta llegar, cuando pudiera, a Lhasa, la ciudad sagrada del Tíbet, el «santa santorum» de los Lamas, la ciudad de los mil monasterios. Ese era su destino real y tendría paciencia, mucha paciencia, toda la que hiciera falta.

* * *

Las cúpulas doradas, brillando bajo el sol, le hicieron comprender que estaba llegando. Se mostró indiferente y mantuvo sus estudios del terreno y de la escasa vegetación. Logró, con su exagerada conducta de detenciones, hacer mostrar a sus porteadores las primeras reacciones de impaciencia de todo el viaje y eso le llenó de satisfacción. Lentamente, en una marcha ascendente por vericuetos inverosímiles, alcanzó los barrios extremos de la misteriosa ciudad. Nada había cambiado en miles de años; al menos era

lo que decían todos los libros que había consultado. Y pudo comprobarlo comparando los grabados que traía con lo que se mostraba ante su vista. Ni una piedra parecía encontrarse en diferente lugar. En lo más alto de la montaña, magnífico en su arquitectura milenaria de líneas rectas y expresivos colores, el Potala, el palacio-residencia del Dalai Lama, vigilaba la ciudad que yacía a sus pies. Durante un rato lo contempló saboreando el placer de ver algo que muy pocos europeos podrían contemplar jamás. Lhasa era una ciudad prohibida y sólo excepcionalmente se concedía un permiso para llegar hasta ella.

Se encaminó hacia el lugar de residencia que le habían asignado y penetró, al serle franqueada la puerta, en uno de los muchos conventos budistas que formaban la ciudad. Un bonzo de edad incalculable, envuelto en una raída túnica de color azafrán, le indicó su alojamiento. Era una celda de grandes dimensiones situada en un ala del edificio. Comprobó que tenía sitio sobrado para trabajar. Despidió al jefe de los porteadores entregándole la bolsa de monedas que habían acordado en la frontera y empezó a colocar su bagaje.

Cuando volvió a aparecer el bonzo mucho después, la tarde declinaba y estaba totalmente abstraido en su labor de ordenar las grandes cajas y los numerosos libros que llevaba. No le notó llegar y su corazón latió desordenadamente cuando escuchó en perfecto inglés, su pregunta.

—¿No oíste el gong que anunciaba el refrigerio?

Lewis tomó aire sobresaltado, tratando de dominar el miedo que súbitamente le había invadido. Balbuceante, respondió.

—No, no he oído nada.

—¿Qué os ocurre? ¿Os he asustado?

—No..., sí, estaba distraído, pensaba en otras cosas —reconoció con un hilo de voz.

El anciano le miró en silencio. Sus ojos, dos vivaces carbunclos que desentonaban en medio de aquel arrugado rostro, parecieron penetrar en su interior y

escudriñar los más recónditos rincones de su alma.

—El miedo es propio del que tiene algo que ocultar. ¿Es ése su problema? —inquirió el anciano sacerdote mirándole a los ojos.

Lewis quedó sorprendido ante tal aseveración seguida de tan directa pregunta. Su mente trabajó con rapidez, brillantemente, sopesando todas las posibilidades de respuesta; debía contestar algo que no le comprometiera y todo lo que dijera, desde refutar hasta aceptar, le llevaría a esa situación. Con rapidez, respondió:

—Aquí todo es diferente; hacía mucho tiempo que no escuchaba la voz de un humano y oír palabras en mi idioma me sacó de mi abstracción. No era pues ni miedo ni susto, mi reacción ante tus palabras —aseguró con aplomo—. ¿Ha sonado el gong?

El anciano sonrió levemente, con malicia, con esa expresión que ponen los abuelos al nieto que se cree más listo que ellos y que, en su ignorancia y atrevimiento, tratan de engañarles. Al cabo, contestó:

—Ha sonado. Todos esperan vuestra presencia para conoceros, rezar y comer juntos. ¿Nos harás el honor de acompañarnos?

Lewis asintió con la cabeza en un gesto grandilocuente que le ponía a la altura de los estereotipados modales del viejo bonzo.

—El honor es para mí al ser admitido entre una congregación de sabios entregados al estudio y la meditación —respondió con un leve matiz de sorna que no pasó desapercibido para el anciano.

Ambos caminaron por estrechos corredores, descendieron empinadas escaleras de desgastados peldaños esculpidos en la piedra y alcanzaron el refectorio en total silencio. Centenares de bonzos permanecían en pie ante las escudillas de arroz que había sobre las largas mesas. Al fondo del largo comedor, a la derecha de un venerable anciano, había un hueco libre. Precavido, inquirió de su acompañante.

—¿Cuál es mi sitio?

—Aquél que ves al fondo, al lado del maestro. ¿No lo habías adivinado?

—Lo había visto, pero no sabía si era para mí. Como dije antes, este lugar es diferente y...

—No quieres hacer el ridículo —terminó su acompañante interrumpiéndole.

Lewis se sintió humillado ante el hecho de que hubiera adivinado su pensamiento y sensaciones. Su vanidad le había hecho pensar que aquel lugar estaba reservado para él. Pero después, por un momento, consideró la posibilidad de que no fuera así y el temor al ridículo le había hecho detenerse y preguntar. Pero el anciano guía le había adivinado sus temores y dudas, y al mismo tiempo le advertía de lo difícil que le iba a resultar engañarle. Se dirigió al asiento libre; mientras caminaba iba saludando a la numerosa concurrencia con leves inclinaciones de cabeza que eran respondidas de igual forma. Nadie le dijo una sola palabra más. El maestro le señaló el asiento y Lewis esperó a que los demás se sentaran. Un bonzo que no veía, pero cuya melodiosa voz llenaba la enorme sala, inició una cantinela de arcanos significados que los demás acompañaban en ocasiones. Otro monje, armado de un molinillo de oraciones, ocupó el centro del comedor y empezó a girarlo con ritmo preciso. Era la señal para que todos se sentaran. En silencio, con parsimonia, la frugal cena fue ingerida. Cuando el molinillo dejó de dar vueltas en la mano del que lo manejaba, todos se alzaron e iniciaron la salida en perfecto orden. Las filas de bonzos se encaminaron al jardín y durante un tiempo que a Lewis le pareció eterno, dieron vueltas entre los árboles que, indiscriminadamente, estaban repartidos por la extensa superficie.

El anciano que le recibiera acudió a su lado.

—¿Es suficiente alimento para sus necesidades? —inquirió.

—No preciso mucho más. No es la gula mi problema.

—Lo sabemos. Está escrito en vuestro rostro, y el

aura que rodea vuestro cuerpo así lo confirma, cual es la pasión que domina en vos. Si de algo puede servir lo que diga, olvidad lo que os trajo a este lugar; si no, tal vez algún día veréis algo que disipara vuestras dudas sobre lo que sabemos.

—No entiendo, ¿de qué me habláis?

—Pensad en qué os trajo hasta este tranquilo lugar y sabréis a qué me refiero.

Lewis hizo un gesto de sorpresa y se encogió de hombros. No caería en la celada de creer que conocían sus intenciones. Sólo él lo sabía y tenía todo previsto. Las palabras del anciano eran una artimaña de los monjes, una de las muchas trampas a la que le someterían, pero no se dejaría engañar por sus maniobras para sonsacarle.

—¿A qué horas se come en este lugar? —preguntó—. Sabiéndolo no volveré a retrasarme.

—¿Horas? ¿Retrasos? Aquí no existe el tiempo. Suena el gong y se acude al refectorio. Pero usted no tiene que hacerlo, pues no está sujeto a ninguna regla. Es libre de entrar y salir en cualquier momento, sin dar explicaciones. Usted sabe lo que es bueno y lo que no lo es, en consecuencia manéjese con esos conceptos y disponga de eso que llama tiempo a su antojo y realice, si sigue deseándolo, lo que tiene que hacer. Es precisamente esa libertad que le damos lo que le hará responsable de sus hechos.

Lewis dudó por unos instantes si responder o no a las insinuaciones que le hacía, pero en su interior, un timbre de alarma le indicaba con claridad que evitara la diatriba y en consecuencia, respondió:

—Me iré a descansar; el viaje ha sido largo y me encuentro agotado. Buenas noches —dijo saludando a la usanza del lugar.

—Que así sean —respondió con una inclinación concomitante el anciano.

Lewis se encaminó a su celda y pronto quedó dormido.

* * *

Lo prepararó todo sin prisas. Cada jornada recogía muestras y las clasificaba; escribía durante horas en la soledad de la celda; visitaba templos, sacaba dibujos y observaba hasta qué punto era o no vigilado. Desde el primer momento, y tras las insidiosas palabras del viejo bonzo, había extremado las precauciones y su observación resultaba absolutamente infructuosa. En todas partes parecían conocerle y era atendido con cortesía y amabilidad. Nada estaba vedado para él.

El lugar que le interesaba, un pequeño monasterio en las afueras de la ciudad, fue visitado como por casualidad, a una hora de la mañana en la que cada día se dedicaba a la recogida de muestras. La visita fue rápida, sin aparente interés. Sólo en el interior de su mente, cuando descubrió el objeto que buscaba, hubo una auténtica conmoción que su rostro, impasible, no dejó traslucir.

Siguió con la rutina diaria, alejándose a veces hasta las vecinas montañas, recogiendo cuanto encontraba diferente, y desechando lo que en su clasificación ulterior encontraba repetido.

Los microscópicos precintos que colocaba cada día en sus pertenencias, nunca eran violados. A la vuelta los revisaba y siempre podía comprobar que nadie había penetrado en la celda durante sus largas horas de ausencia.

El momento se aproximaba y tenía que realizar su trabajo cuanto antes. Unos días más y su presencia en Lhasa dejaría de ser natural.

Lo preparó todo con cuidado, revisando la lista de objetos que con tanto cuidado confeccionó en su patria. Siguiendo unas normas que cuidaba desde el primer día, se acostó temprano para estar descansado por la noche.

* * *

Con sigilo salió de la cama. Era medianoche y el más absoluto silencio reinaba en el monasterio y en la ciudad. Colocó en la cama un muñeco; era un dupli-

cado casi exacto de él. Tenía su pelo y su corpulencia. A la escasa luz de la habitación nadie podría diferenciarles bajo la ropa de la cama. Se vistió con un traje de campesino repartiéndose los diversos objetos que necesitaba por todo el cuerpo. Lanzó la escala por la ventana y descendió a las traseras del monasterio con rapidez. Convertido en una sombra casi invisible, se deslizó por las callejas en un itinerario ya previsto.

Pronto alcanzó el pequeño templo. Su silueta se recortaba en la obscuridad de la noche contra la escasa luminosidad de las lejanas montañas cubiertas de nieve. Hacía frío, un frío intenso que mantendría a todos los habitantes al calor de sus lechos. Todo lo tenía previsto y todo saldría como él deseaba. Sabía que en el templo dedicado a T'sai-chen, el dios de la riqueza, no había monjes. Era un templo antiguo, anterior al actual espíritu del lamaismo, y en consecuencia carecía de devotos y cuidadores. Alejado de la ciudad y con las destrozadas puertas abiertas de par en par, nada se oponía a sus deseos. Penetró en él con decisión y cautela. Permaneció quieto durante un rato mientras escrutaba cada ruido. Pero sólo el sonido del aire, al penetrar por las desvencijadas ventanas y techo, se dejaba escuchar como un suave lamento susurrante.

Se dirigió al fondo, hacia la hornacina en la que se encontraba la breve estatuilla del dios cuya posesión le aseguraba todas las riquezas que le quisiera pedir. Trabajó a obscuras, como había practicado cientos de veces. La masa de barro con la que tomaría el molde fue cuidadosamente amasada y la dividió en dos partes. Se encaramó y tomó la valiosa pieza con cuidado. Tomó las impresiones asegurándose de que éstas eran perfectas y devolvió el ídolo a su sitio.

El regreso fue sencillo, rápido, y en menos de dos horas desde que saliera todo había sido resuelto.

Al día siguiente no alteró su rutina. El vaciado lo haría al mediodía, durante las horas a las que solía escribir tras la gran mesa llena de bártulos que le tapaban de ojos indiscretos.

Regresó a la hora habitual y acudió al refectorio para comer con todos. Cientos de ojos inexpresivos le acogieron a su llegada. Lewis sintió un escalofrío que recorrió opresivamente su columna vertebral. Aquella expresión general no le resultaba familiar. ¿Era que sabían lo que había hecho, o solamente eran figuraciones suyas? Conocía los mecanismos psicológicos de culpabilidad y adoptó un aire de despreocupación. Era lógico que su subconsciente le acusara y él viera, en cada gesto, un reproche; que creyera notar en cada movimiento, una sospecha. En consecuencia, desechó los temores y comió con apetito la triple ración de arroz que le suministraban cada día.

Tras pasear por el jardín como hacía en cada jornada, subió a su celda y empezó a trabajar con toda la precisión de la que era capaz. Los moldes fueron estudiados, elegidos y ajustados de tal forma que le darían una réplica exacta del original. Preparó la pasta de escayola que constituiría el falso ídolo y rellenó la cavidad del molde. La escayola endureció con rapidez y tomó la consistencia de la piedra. Era un compuesto especialmente preparado para que el color al secarse le hiciera muy parecido a la pieza a sustituir. Era una técnica que ya había empleado en otras ocasiones y el resultado era perfecto. Sacó la estatuilla y la limpió de residuos cuidadosamente. La envejeció con varios cepillos metálicos que suprimían el brillo de su superficie. Pintó con cuidado algunas partes y dió con ácidos en otros sitios hasta completar un cuadro que en nada se diferenciaba del ídolo que había en el templo. Lo dejó todo recogido en el falso fondo de una caja y se dispuso a salir, algo tarde, a sus actividades habituales.

* * *

Penetró con el mismo sigilo que en la anterior ocasión. El falso ídolo, envuelto en trapos, iba en una bolsa a un costado y en su avance procuraba no golpearlo. Se adelantó hacia el fondo del templo pegado

a un lateral. Escuchó un crujido y de inmediato se inmovilizó mientras todos sus sentidos se ponían en tensión tratando de averiguar la causa.

—«Habrá sido alguna rata —pensó—, ¿quién va a estar aquí a estas horas?»

Permaneció quieto durante un largo rato vigilando. Sólo escuchaba los fuertes latidos de su corazón desbocado. De nuevo avanzó con lentitud y extremando todas las precauciones. Y de nuevo tuvo que inmovilizarse inmediatamente. No había escuchado ningún sonido. Era una sensación consciente de no estar solo. Intuía una presencia, alguien que le esperaba y que como él, permanecía agazapado y quieto, aguardándole. Lewis empuñó el cuchillo y lo sacó de la funda con sumo cuidado.

—«Debo evitarlo, pero si no hay otro remedio —se dijo tratando de calmar el miedo que le embargaba por momentos—. Un cadáver despertaría sospechas y a pesar de la calidad de la imitación, no resistiría una mirada cercana».

Sus ojos trataban de perforar las tinieblas que le envolvían sin conseguir ver más que la tremenda negrura del interior del templo. Sus oídos no captaban otro sonido que el de su respiración entrecortada y el latir convulso y agitado de su corazón.

Cuando pasado un largo rato se convenció a duras penas de que la sensación de otra presencia no era sino su propio nerviosismo, su angustia ante la culminación de un trabajo largamente pensado y ensayado, inició de nuevo el avance y alcanzó la hornacina. Todo fue tan sencillo como lo había soñado cientos de veces. Cambió una figura por otra y envolvió en trapos el ídolo verdadero...

El templo se llenó de luces. Cientos de antorchas empezaron a arder simultáneamente, como si las hubiera encendido la misma mano. Y entonces los vio: eran centenares de sacerdotes vestidos con túnicas de color azafrán y cuyas afeitadas cabezas brillaban siniestramente a la pálida luz de las antorchas. Todos le

miraban con expresión tranquila aunque sus ojos mostraban con claridad lo que pensaban de su acto.

Fueron unos segundos de angustia infinita durante los cuales no fue capaz de reaccionar en ningún sentido. Un sudor frío que caía a chorros a lo largo de su cuerpo le bañó instantáneamente. Sintió una terrible sensación de vacío en el vientre que, como una droga, ascendió hacia el pecho ahogándole. Cuando pudo serenarse empezó a pensar y no podía comprender cómo consiguió llegar hasta aquel punto del templo sin apercibirse de la presencia de tal gentío. El ídolo escapó de sus manos, pero no llegó al suelo. El bonzo más cercano saltó hacia él con tal velocidad que casi no pudo verle y alcanzó la estatuilla antes de que se golpeara contra las grandes losas de piedra que formaban el suelo. Se retiró con él, lo desenvolvió y lo mostró a todos los presentes alzándolo. Ningún sonido escapó de sus bocas, pero el gesto de reprobación se marcó con claridad.

«Esta vez no tengo escapatoria —se repitió varias veces incapaz de coordinar otro pensamiento—. Parecía todo tan sencillo. ¿Qué es lo que ha fallado? ¿Cómo es posible que estuvieran esperándome?»

Un sacerdote se adelantó acercándose y Lewis le reconoció de inmediato. Era el que le atendía en el monasterio y el que en varias ocasiones le advirtiera que conocía sus sacrílegas intenciones.

—Prometí enseñarle algo que disiparía sus dudas sobre lo que sabíamos. La hora de hacerlo ha llegado. Acompáñeme —y le indicó el camino con la mano.

Lewis sólo veía el cercano muro y quedó mirando con expresión de extrañeza. El bonzo lo empujó y la pared giró sobre sí misma dejando una abertura por la que ambos penetraron. Descendieron unas empinadas escaleras hasta alcanzar una vasta sala en la que ardían numerosas teas sostenidas por hieráticos sacerdotes.

—A partir de ahora éste será para siempre tu mundo —le indicó señalándole una zona en la que cientos de tumbas se alineaban con geométrica preci-

sión. En la cabecera de cada una de ellas se alzaba la figura en piedra de algún dios.

—¿Qué es esto...? —balbuceó notando que el terror le invadía por momentos.

—Es el lugar donde reposan, rodeados por lo que deseaban, todos los que trataron de engañar la infinita sabiduría de los Lamas.

Aterrado ante lo que estaba viendo y cuyo significado empezaba a vislumbrar, Lewis trató de correr, pero su deseo no pasó de ser un pensamiento y no logró moverse.

—Venga, éste es el sitio que os ha sido destinado por toda la eternidad.

Sin voluntad, sintiendo ya el frío de una muerte imposible de soslayar, acompañó al viejo sacerdote hasta el final de una fila de tumbas. Allá, en el suelo, brillando a la luz de las antorchas, un sarcófago de oro le esperaba. La tapa, una gruesa lámina del mismo amarillento metal, llevaba inscrito su nombre en gruesos trazos que hacían relieve. La fecha subyacente coincidía con su nacimiento y la del día que estaba empezando.

—Tendrás para siempre más oro del que deseabas. Ninguno de los que yacen aquí han logrado gastar el que les dimos, o cansarse del poder que deseaban, o aburrirse de las mujeres que ansiaban. Somos generosos, muy generosos, con todos aquellos que vienen buscando algo. Querías la imagen de T'sai-chen; ella estará contigo para siempre.

Un sacerdote le alargó la magnífica copia que había realizado y él la tomó como un autómata. Quedó mirándola con odio, con temor, pero incapaz de deshacerse de ella. Su mano había quedado tan unida a la figura como si formara cuerpo con la escayola que la componía.

Miró a su alrededor buscando un gesto de amistad o comprensión, pero todas las expresiones eran frías, indiferentes, carentes de algún tipo de sentimiento. Y comprendió que no era un sueño, sino una realidad con la que tenía que enfrentarse de inmediato.

—El momento ha llegado. Pronto amanecerá en ese mundo al que ya no perteneces. Penetra en la vida de lujo que tanto deseabas. Todo es tuyo... para siempre.

Lewis, angustiado, tembloroso, sin fuerzas casi para sostenerse, pudo apreciar que lo decía sin odio, con una frialdad y despego que incrementaba aún más el terror que le tenía inmovilizado. Quiso resistirse, luchar por retrasar el fatídico momento, pero una fuerza independiente de sí mismo le obligó a caminar e introducirse en su tumba. Se tendió y quedó mirando el limitado panorama que podía contemplar desde el interior. Uno a uno fueron desfilando los sacerdotes, y cada uno de ellos arrojaba al interior una moneda de oro que llevaba acuñada su efigie y su nombre. Lentamente, en un suplicio tantálico, fue sintiendo el peso del oro que le rodeaba. Y sin descanso, en un lúgubre paseo, cientos de sacerdotes acudieron hasta su lado, le miraban durante unos instantes y sentía el sonido del dorado metal caer sobre él. Pronto las monedas golpeaban su rostro y se vio cubierto por ellas. Sólo llegaba una escasa luminosidad que se fue haciendo más y más mortecina; pero durante un largo rato todavía, en una agonía que se le antojaba eterna, escuchó el monótono sonido de la caída de los dorados discos. Después, la escasa luminosidad desapareció y sólo escuchó unos crujidos atenuados que precedieron al silencio final.

Quiso gritar, pero las monedas penetraron en la boca ahogándole. Quiso escupirlas, pero a cada movimiento penetraban más y más. El aire se hacía irrespirable por momentos..., sintió que su cuerpo, libre ya de la parálisis a la que le habían sometido, se agitaba en unas convulsiones incontrolables y que se deslizaba hacia el vacío de la nada...

Caléndulas para Nines



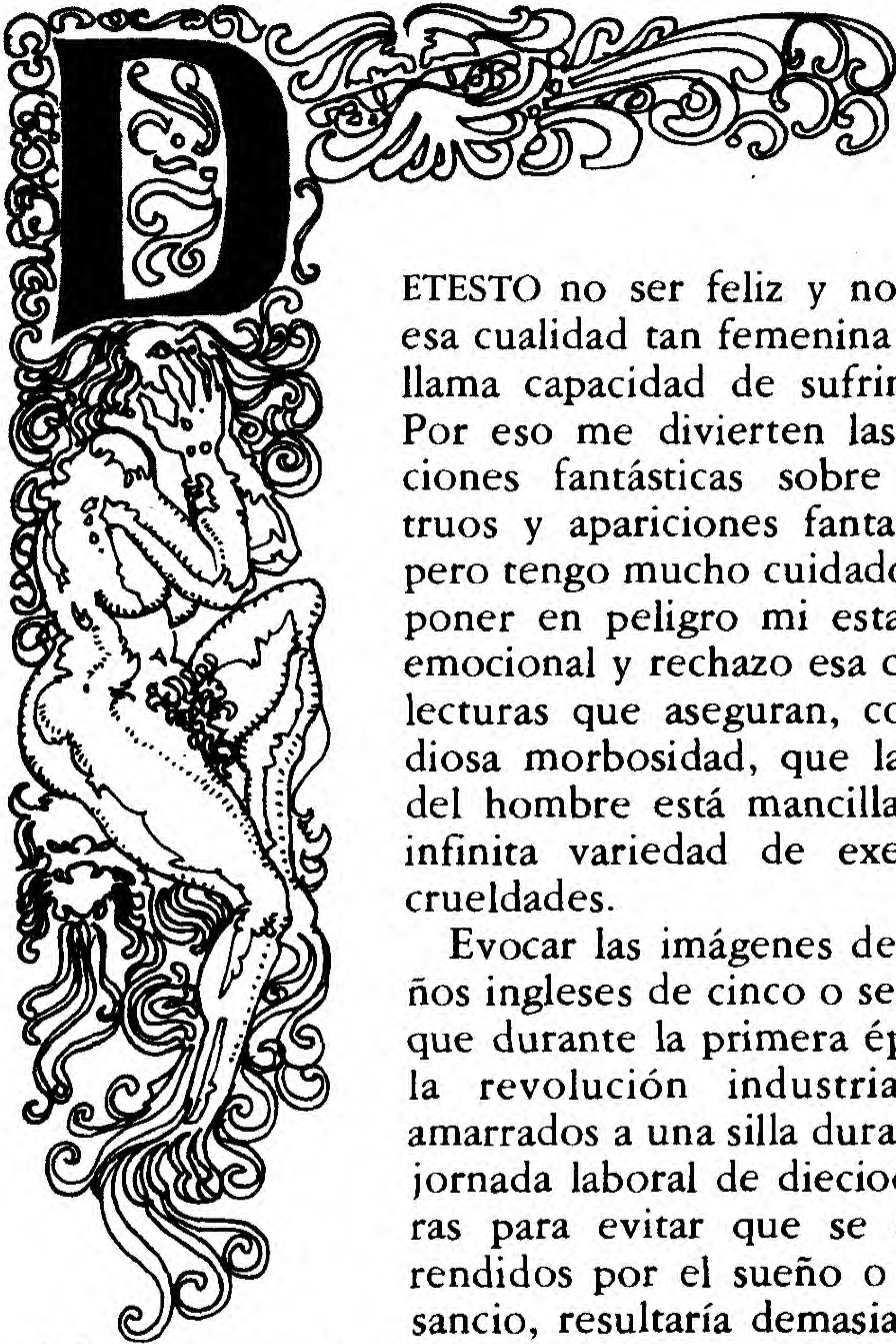


Caléndulas para Nines

Carmen Morales

«Todas las verdaderas maldades nacen en estado de inocencia».

París era una fiesta
Ernest Hemingway



DETESTO no ser feliz y no poseo esa cualidad tan femenina que se llama capacidad de sufrimiento. Por eso me divierten las narraciones fantásticas sobre monstruos y apariciones fantasmales, pero tengo mucho cuidado de no poner en peligro mi estabilidad emocional y rechazo esa clase de lecturas que aseguran, con insidiosa morbosidad, que la senda del hombre está mancillada con infinita variedad de execrables crueldades.

Evocar las imágenes de los niños ingleses de cinco o seis años, que durante la primera época de la revolución industrial eran amarrados a una silla durante una jornada laboral de dieciocho horas para evitar que se cayeran rendidos por el sueño o el cansancio, resultaría demasiado sórdido para que su peso abrumador no me paralizara.

Me niego a creer que en el Franco Condado y la Alta Alsacia los condes de Monjoie o los señores de Mectes abrieran el vientre de sus vasallos durante la caza de invierno para calentarse los pies en sus entrañas humeantes.

Tampoco es cierto que se hayan llevado a cabo ejecuciones masivas de adolescentes o que, en 1611,

un niño de nueve años llamado Juan Serre, natural de Albi, fuera, tras un proceso, quemado vivo ante la puerta de la iglesia.

Persigo la dicha con infantil tenacidad y procuro extraerla de los acontecimientos más modestos y triviales, pero no he podido evitar que de vez en cuando, la realidad me produzca violentas sacudidas.

Los hechos que voy a relatar me rozaron muy de cerca, infringiéndome una herida que el corto tiempo transcurrido no ha logrado cicatrizar.

Por tanto, advierto al lector, a quien supongo comprensivo y tolerante sobre mi posible, casi segura, falta de objetividad para con alguno de los personajes de esta historia.

Quizá la decisión, varias veces demorada, de trasladarla al papel, no tenga otra intención que la de buscar una sosegante acción de catarsis sobre mi corazón y mi memoria, cerrados ahora con la más dura intransigencia para quienes no vacilan en arrebatarnos alevosamente la escasa ración de felicidad que la vida nos ofrece.

* * *

He conocido por primera vez el insomnio reflexionando sobre el trágico y espantoso desenlace de un suceso que, por lo cotidiano y la naturalidad con que se practica, suele pasar inadvertido. Aquella pareja, a la que recordé con nostalgia durante el viaje por varias capitales europeas que mi actividad profesional exigía, fue una víctima propiciatoria de la incorregible tenacidad con que una sociedad sumergida en la mediocridad y el hastío destruye todo lo que tiene la osadía de permanecer inmaculado. Anoto que el 17 de agosto de 1973 había sido para mí uno de esos días amables y prometedores que pocas veces se consiguen. Por eso caminaba como en una nube ligera y fresca, sintiéndome atractiva porque acababa de ducharme y todavía notaba el pelo húmedo en la nuca; la suave brisa que ahora bajaba del Guada-

rrama, agitaba mi reciente adquisición de seda amarilla ciñéndola acariciadora a mis piernas desnudas.

Le vi en la Gran Vía, cuando declinaba el caluroso atardecer y su imagen, inundada de patetismo y desolación, me persigue desde entonces con la misma persistencia que impone una culpa abominable.

Estuve a punto de chocar con él, y su presencia ante mí, inesperada, casi irreconocible, fue como una horrible bofetada que cortó las posibilidades de dicha de esa noche y de otras muchas que siguieron.

Su aspecto me conmovió hasta las lágrimas.

Estaba sentado en el escalón de un portal, con los codos apoyados en las rodillas y las manos sujetándose la frente, con la actitud del que soporta un pesar inmenso. Llevaba una cazadora mugrienta y renegrida, mal abrochada, con las mangas excesivamente cortas. No tenía camisa, y los pantalones vaqueros, brillantes por el uso y las manchas de grasa, se habían rasgado en las rodillas. Por uno de los bolsillos de la cazadora asomaba el cuello de una botella. Un transeúnte distraído tropezó con sus piernas y le dirigió un comentario despectivo acerca de su estado de embriaguez. La desesperación y la ruina que se adivinaban al fondo de su posible borrachera impresionaban de forma extraordinaria. Estaba total, irremisiblemente ajeno al bullicioso discurrir de la gente a su alrededor que le miraban extrañados, porque a pesar de las huellas terribles con que la miseria y el abandono lo habían marcado, conservaba todavía la extraordinaria belleza de su rostro y un aire inequívoco de juventud. No llegaría a los treinta años.

Cuando levantó la cabeza, me llevé la mano a la boca para ahogar una exclamación de congoja: sus ojos enrojecidos y vidriosos, tan cálidos en otro tiempo, estaban ahora espantosamente inertes y helados. Fingiendo que miraba un escaparate, estuve observándole de reojo. Durante todo el tiempo no dio ningún indicio de que algo conservara todavía algún interés para él.

Yo estaba tan apenada y sobrecogida que no supe

qué hacer. Tuve la mano extendida para tocarle, pero desistí. Su abrumadora soledad estaba tan lejos de redención, que cualquier gesto de acercamiento o ayuda, hubiera resultado baladí. Era casi indecoroso que alguien que había admirado su singular encanto fuera testigo de su amargo derrumbamiento.

Yo los había conocido, a él y a su mujer, tan sólo cuatro años atrás, cuando los dos eran tan jóvenes y tan hermosos y estaban tan enamorados. Tenían delante un porvenir espléndido y lleno de promesas, pero eso fue antes de que, inocentemente, abrieran la puerta de su casa y sentaran a su mesa a un fantasma corpóreo y perfumado que se introdujo en sus vidas para chupar con avidez de su felicidad hasta destrozarlos.

No tuve ánimos para acudir a mi cita. Quise saber qué clase de suceso espantoso puede segar tan brutalmente la alegría de vivir. Subí a mi casa y me precipité hacia el teléfono para llamar a mi amiga Marisa. Ella los había traído a nuestra tertulia del café Comercial. Fue vecina suya cuando ellos se instalaron, recién casados, en un piso antiguo de Argüelles, cerca de Rosales. Los tres mantuvieron una entrañable relación amistosa.

Mientras le describía la sordidez de mi encuentro la oí llorar a través del auricular. Cuando pudo hablar me dijo que era una historia larga y estremecedora y me invitó a cenar en su casa.

En su cuarto de trabajo, delante de un cóctel con bastantes grados, absolutamente inusual en ella, habló durante dos o tres horas sin poder reprimir, de vez en cuando, los sollozos. No cenamos, y dormimos en la misma habitación. Nos hizo daño el alcohol o la sospecha, inconfesada, de que, al menos aquella noche, no éramos en absoluto felices.

* * *

Miguel y Nines se habían conocido en la facultad de Filosofía y Letras en los apasionantes días prece-

dentes a las manifestaciones estudiantiles del 65, que culminaron con la expulsión de la Universidad de varios profesores de notable prestigio. Ella tenía diecisiete años y acababa de empezar la carrera. Para él, aquel año sería el último en Bellas Artes.

Se amaron en seguida. Cruzaron miradas largas como caricias. Pasearon por las avenidas de la Complutense turbándose cada vez que sus manos se tocaban.

Una tarde, sentados en un banco de la explanada que conduce a la facultad de Medicina ella rozó con sus labios la mejilla de Miguel. El giró la cabeza hasta que sus bocas se encontraron con toda la luminosa y tierna entrega que sólo es posible cuando se ama por primera vez. Dos meses después, cuando ella se iba de vacaciones a la ciudad donde residían sus padres, él le entregó un poema conmovedor que hablaba de lo insoportable de la separación y lo incierto de su reencuentro.

Durante el verano escribieron cartas apasionadas e impacientes y en cierta ocasión que él consiguió ir a verla se besaron en el parque hasta desfallecer.

Después de mil peripecias, vencieron la oposición familiar, y, con un entusiasmo arrollador y escasísimos medios, comenzaron lo que pensaron que sería un largo camino de amor en libertad. Cuando Marisa los introdujo en nuestro grupo nos quedamos todos embelesados. Sus cuerpos se buscaban continuamente y siempre estaban enlazados de alguna manera. Se enfrentaban a la vida con una plenitud y un candor embriagadores. Para nosotros, castigados ya por innumerables fracasos amorosos y profesionales, sus juicios siempre generosos y valientes, y su actitud ajena al desánimo, representaban un vigoroso estímulo.

Miguel prometía grandes cosas, estaba lleno de ideas y trabajaba muchas horas al día. Nines, que había tenido que aplazar sus estudios, estallaba de adoración por Miguel, Mary Quant y el sargento Pipers.

Proyectaban por entonces su primer hijo.

No eran conscientes de la atracción que despertaban, y por entonces estaban muy lejos de saber que no todo el mundo iba a respetar el tesoro que ellos tenían. Ignoraban que hay gentes que ya no tienen nada que perder y están al acecho como urracas para apoderarse de cualquier cosa que brille, y soy testigo de que durante aquel año, ellos brillaban.

Mientra estuvieron solos y juntos todo tuvo un hálito de maravilla. El niño trajo los primeros cambios.

Soportar la responsabilidad de una vida que empieza era demasiado, sobre todo para Nines que, de un día para otro, tuvo que cambiar todas su costumbres.

Nunca había oído hablar de la depresión que suele suceder al parto. A ella la agarró de lleno. Le molestaba la dureza de sus pechos excesivamente crecidos por un caudal de leche que rebosaba manchando los vestidos que los oprimían. Se sentía culpable por no estar, ahora que ya tenían su ansiado bebé, loca de alegría. Los interminables barreños de ropa sucia no se parecían en nada a las aventuras que habían proyectado. Odiaba no tener nada estimulante que contarle a Miguel a su regreso y haber perdido la esbeltez de su cintura que él abarcaba admirado con sus manos. Nunca pensó que aquellas molestias, de las que generosamente evitaba hablar con su marido, pudieran separarlos.

Yo quisiera someter, por una vez, mi sentimiento de indignación, a un razonamiento benévolo, pero me resulta difícil comprender que, aprovecharse de las dificultades de una pareja para meterse de costado en sus vidas no sea, cuando menos, inmoral. Sucedió lo inevitable: apareció otra mujer, que, naturalmente, los estimaba mucho a los dos. Nada nuevo.

Sólo sabemos de ella que se aburría sentada en su lindo salón, mientras su marido trabajaba para pagar, entre otras cosas, una asistenta que sacara un brillo cegador al parquet. Después de pintarse, no tenía nada que hacer, y es justo comprender que necesitase a alguien que la paseara por el deslumbrante mundo

de las boites nocturnas. El dinero necesario no era un problema. Las mentiras, tampoco.

Si además aquellos chicos eran pobres e inexpertos, aquello podría tomarse como una loable labor docente: ella sabía muchas historias entretenidas sobre los mil métodos sutiles y excitantes de cómo corromper a un adolescente.

Hay abismos que sólo son el preludio de otros abismos más negros y profundos. Miguel se quedó atrapado. No importa en que grado. Bien aprendida la lección, empezó a mentir y eso nunca tiene final. Algo les separaba y las cosas entre ellos ya nunca volverían a ser igual.

Si él no hubiera sido tan inocente nunca hubiera caído en la trampa perfumada, ni finalmente, le hubiera contado el asunto a Nines con toda suerte de detalles, como se describe un juego divertido que, por eso mismo, no hay ninguna razón para cortar. Estaba tan inflado como un pavo y salía y entraba de la casa abrochándose el chaleco del traje nuevo y dejando tras de sí la estela de un perfume demasiado caro para sus posibilidades.

La confirmación de las sospechas le produjo a Nines un choque brutal. La sordidez del mundo cotidiano se abatió sobre ella sorprendiéndola con su crueldad. Hubiera querido morir. Desconocía a su marido. El triste espectáculo de los adultos mentirosos la abochornaba. Miguel era la única cosa en el mundo de la que ella estaba segura que ningún daño podría venirle. Y ahora estaba allí intentando sentarla en sus rodillas para descubrirle con una crueldad incomprensible detalles torturadores. ¿Si el hijo era de los dos, por qué los había relegado a papeles tan diferentes?

Al principio, lo más insoportable fueron las imágenes. Pensaba en ellos desnudos sobre la cama acariciándose y un dolor lacerante se le atravesaba en el estómago. No pasó por su imaginación impedirlo. Pensó que se trataba de una historia de amor y sabía que eso, cuando nace, es inevitable.

Fumaba mucho. Le dolía el estómago. Dormía poco y mal. No sabía qué hacer. ¿Dónde ir con un niño y sin trabajo? Le repugnaba la idea de volver a su casa arrastrando un fracaso y no había ninguna razón para dejar a su hijo porque su marido se hubiera enamorado de otra mujer.

Deambulaba por la casa arrastrando su dolorosa perplejidad, incapaz de superar la rutina de las faenas domésticas, a las que culpaba de todos sus males.

Cuando el niño se dormía ella se tomaba dos copas de un coñac que aborrecía, pero que le brindaba un agradable estado de somnolencia y se tumbaba en la cama para soñar entre nubes lo felices que habían sido. Las palabras finales del verso de Poe le martilleaban insoportablemente: nunca más..., nunca más..., nunca más...

Aquel flirt tan divertido duró lo suficiente para hundir a Nines. La estimación que ella tenía de sí misma se basaba en ser una cosa amable, amada por un personaje tan estupendo como Miguel. Cuando creyó que eso había fallado, el mundo falló también.

La tarde del 8 de junio fue particularmente aciaga. El bebé había tenido un proceso diarreico que la obligó a cambiarle los pañales infinidad de veces y a lavarlos rápidamente para que se secaran. A las once de la noche se hundió en un sillón agotada, invadida por un desaliento aniquilador. Miguel, que revoloteaba inquieto a su alrededor, le puso el televisor para que se distrajera, puesto que él iba a salir.

Con el pomo de la puerta en la mano le dirigió las últimas palabras: no me esperes despierta, vendré tarde, a las tres, a las cuatro o a las cinco. La crueldad que implicaba esta observación la dejó anonadada. No pudo contestar, ocupada en retener las lágrimas hasta que él saliera. Con los ojos empañados vio en el televisor la conmovedora escena de amor de *Picnic*. Le hizo un daño insoportable.

Se levantó trastornada y cogió del botiquín cuatro pastillas de un sumnífero para buscar en el sueño un olvido que parecía imposible. Sabía que no pasaría

nada irreparable. El niño la necesitaba. Así conseguiría dormir profundamente toda la noche.

Miguel no regresó aquella noche, pero ella no lo supo.

Amanecía el 9 de junio. Sobre las siete de la mañana el niño inició los gorgojeos y ruiditos con los que reclamaba la atención de su madre. Nines lo oía lejano pero no podía reaccionar, mareada todavía por el efecto del barbitúrico. Se dio la vuelta en la cama y agarró su manita, intentando retenerlo un poco más. Le tocó. Estaba empapado y frío. Era preciso cambiarlo. Se levantó dormida y, a tientas, abrió el grifo del baño. Volvió a la habitación y se derrumbó sobre la cama. Las piernas apenas si lograban sostenerla. Pasó un rato largo. La bañera tendría ya más agua de la necesaria. Puso al bebé sobre la cama y a ciegas, le desnudó mientras él jugueteaba chupándose los deditos. Ponerle limpio y darle el biberón sería cuestión de veinte minutos. Luego los dos podrían dormir otra vez. No conseguía despejarse. Un sopor agudísimo la invadía. Con el niño en los brazos avanzó por el pasillo con los ojos cerrados, tambaleándose. Los párpados le pesaban como losas. Cuando el agua tocó su cuerpecito desnudo el bebé lloró desconsolado. Estaba fría. Le sostuvo con una mano mientras, precipitada, abría con la otra el grifo de la caliente, del que brotó un chorro ardiente. La bañera estaba casi llena y los baldosines de la pared giraban a su alrededor. Al forzar el cuerpo para abrir el grifo, el niño se le escurrió de la mano que lo sostenía. El vapor inundó la estancia. No se veía. El agua quemaba. Intentó sujetarle nerviosa y atolondrada mientras cerraba otra vez el grifo rojo. No consiguió ninguna de las dos cosas. Se escurrió en el suelo encharcado. Empezó a gemir. Manoteó frenéticamente buscando el bultito diminuto en aquella inmensidad de agua abrasadora. Enloqueció de pánico. Estaba empapada. Lloraba con desesperación. Pasaron siglos.

Le perdió. Cuando consiguió sacarle, el niño estaba inerte. No se movía. No respiraba. La nube de vapor

quedó paralizada por un grito desgarrador. Sólo uno. Rodeando el cuerpo desnudo con sus dos brazos, lo apretó contra su corazón, mientras se derrumbaba sobre el suelo musitando dulcemente ternuras interminables: háblame por favor, arbolito, terroncito de azúcar. Tú eres mi bebé y te quiero, te quiero, te quiero... Mi muchachito... Despiértate por favor..., sonríeme por favor..., por favor..., por favor...

Después llegaron los minutos más aterradores que una mujer puede experimentar. No existe ningún horror parecido a eso. Le arropó con una toalla. Restregó su carita todavía tibia contra la suya. Se levantó. Sobre la repisa descansaba la navaja de afeitar que se había traído como recuerdo de su padre y que Miguel usaba algunas veces. El mango de marfil blanco aumentó su tamaño hasta el infinito. La abrió. Se hizo un tajo profundo en el cuello, otro en cada una de las muñecas, se descubrió el pecho y lo atravesó con una cruz de parte a parte. Su rostro, delante del espejo, estaba intacto. Tan belllo como siempre. No pudo soportarlo. Lo mutiló fríamente. Se sentó en el suelo encharcado, recostando la espalda contra la bañera. Cubrió esmeradamente los piececitos del niño con la toalla blanca y tibia... Sobre las losas del pasillo avanzó lentamente un río de sangre...

Hacia las nueve llegó Miguel. Traía en la mano un ramo de caléndulas para Nines. Conocía su pasión por las flores modestas. Abrió la puerta mientras paladeaba por anticipado la alegría de la reconciliación. Aquel juego estúpido había terminado y ahora volvería a tenerla cegadoramente entregada, entre sus brazos.

Renuncio a describir el pavor de un descubrimiento abominable. Por la tarde Marisa bajó a tomar café con Nines. El tenía el cuerpo empapado de sangre y agua. Nadie volvió a verle sonreír jamás... En el estudio se fueron acumulando bocetos de un cuadro inacabado, siempre el mismo...

Sobre el pasillo de un piso antiguo de Argüelles, cerca de Rosales quedó, pisoteado y marchito, un ramo de caléndulas.



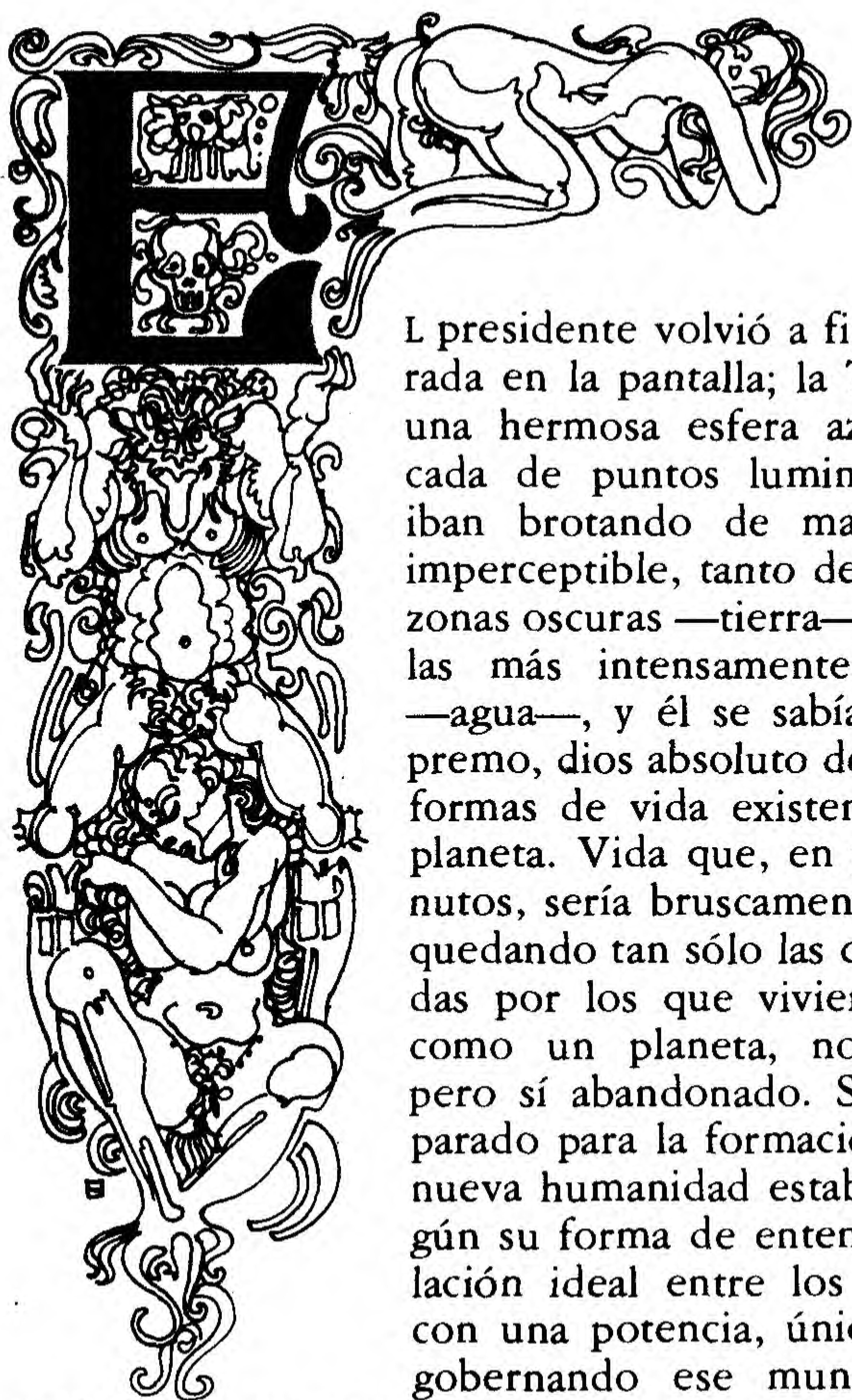
Los elegidos



Los elegidos

Tomás L. Verdejo

Los gusanos comenzaron a invadirlo todo como una auténtica plaga. Aparecían por cualquier sitio: en la carrocería de los coches, en las aceras y las calzadas, en las paredes de los edificios...



L presidente volvió a fijar su mirada en la pantalla; la Tierra era una hermosa esfera azul, salpicada de puntos luminosos que iban brotando de manera casi imperceptible, tanto de entre las zonas oscuras —tierra— como de las más intensamente azuladas —agua—, y él se sabía juez supremo, dios absoluto de todas las formas de vida existentes en el planeta. Vida que, en pocos minutos, sería bruscamente segada, quedando tan sólo las cosas creadas por los que vivieron. Sería como un planeta, no muerto, pero sí abandonado. Suyo. Preparado para la formación de una nueva humanidad establecida según su forma de entender la relación ideal entre los hombres; con una potencia, única y total, gobernando ese mundo. Todo volvería a empezar. La historia, con sus dos grandes protagonistas —Revolución y Contrarrevolución—, estaba en sus manos; en la yema de su dedo índice. Iba a borrarla en pocas horas. No quedarían hombres ni mujeres con sus cerebros programados por el desorden de lo vivido por sus antecesores durante más de diez mil años. Allí, en aquella nave especialmente construida para dirigir la destrucción de la Humani-

dad en la que había de ser su última y definitiva guerra, se hallaban los quinientos seres elegidos para iniciar un nuevo mundo, tras la muerte de los tres mil millones de «gusanos» que habían convertido el planeta en el más insoportable subestrato del infierno. El paraíso, soñado durante milenios, iba ahora a ser una realidad nacida de su propia voluntad. Y Dios le reservaría un lugar de honor —tal vez a su misma altura—, por haber creado un auténtico Paraíso Terrenal. El grupo de los escogidos estaba compuesto por su Plana Mayor, y por los tecnócratas, científicos e intelectuales de mayor relevancia, dentro de su pensamiento político y social, así como por las esposas e hijos de los que, hubieron creado hogar.

—Es horrible —comentó uno de los intelectuales—; ahí tenemos en estos momentos millones de seres válidos; escritores, artistas, hombres de ciencia, simples padres de familia..., personas, en definitiva, que sólo pretenden vivir en paz. Y todos serán desintegrados; ni siquiera habrá tumbas para ellos...

—Pero cada uno con su concepción de lo que debería ser la humanidad; una concepción que forzosamente deberá hallarse bajo la influencia de Adam Smith o de Karl Marx. No; incluso las mentes menos sucias, tienen que oler a podrido. Cada uno de los «gusanos» que se arrastran por esa esfera, no es otra cosa que un extracto de todas las mentiras, de todos los absurdos y de todas las estúpidas pasiones que han determinado su proceso histórico. Es mejor acabar de una vez. Por otra parte... —se detuvo para pasear la soberbia de su mirada sobre las cabezas sumisas de los elegidos—... Por otra parte, yo no soy el culpable de esta guerra. Destruir o ser destruidos; no cabe otra alternativa. Todos sabíamos que una tercera guerra mundial significaría el exterminio de la vida sobre el planeta; sin embargo, esa guerra no ha podido evitarse y el mundo está siendo destruido. Lo único que haremos será adelantar el final y evitar que la Tierra vuelva a quedar dividida en dos bloques dominantes que, con lo poco que puedan salvar, vol-

verán a la guerra fría y, más tarde, a una cuarta guerra mundial, y así sucesivamente, hasta el exterminio absoluto. Es mejor que ésta sea la última guerra de una historia que habremos logrado esterilizar.

—Tal vez pudiera obtenerse el mismo resultado sin llegar a destruir toda la humanidad; me estremece pensar en una Tierra vacía, con sus edificios intactos, con los trenes detenidos en las vías, a mitad de camino, con las fábricas paralizadas, con millones de automóviles momificados, como ataúdes de cuerpos desmaterializados, con los museos convertidos en panteones de un arte que, pese a todo, nació del hombre...

El presidente apoyó su diestra en un hombro del intelectual y sonrió de forma casi fraterna.

—Nosotros crearemos un arte nuevo, y jamás existirá una guerra que pueda destruirlo.

Y su índice presionó el botón sobre el que hasta entonces se había estado apoyando.

En efecto, sesenta y cuatro horas más tarde, cuando la nave «Apocalipsis» tomaba tierra en las proximidades del edificio presidencial, los «elegidos» pudieron comprobar que las ciudades eran como decorados para una película cuyo rodaje hubera sido repentinamente abandonado. Eran el silencio y la quietud de una enorme fotografía; formidable y en algunos casos hasta bello, pero todo inerme, sumido en una muerte sobrecogedora. Eran como circos romanos o como teatros griegos, como ciudades que un día fueron escenario de alegrías y tristezas, de risas y lágrimas; testigos de una civilización extinguida, de la que ya sólo podía quedar el recuerdo. El ansia de vivir, con sus satisfacciones y sus angustias, con la necesidad del sufrimiento para la estimación del placer, o con la del dolor del llanto para el goce de la risa, podía reflejarse en todo aquel inmenso escenario de materia incólume. Avenidas, plazas, aeropuertos, carreteras, estaciones, trenes subterráneos, cafeterías, teatros... Todo constituía un inmenso grito

de muerte, invocando la presencia vivificadora del hombre.

El presidente, sentado a la cabecera de la gran mesa, fue mirando, uno a uno, a los elegidos entre los «elegidos».

—Bien —dijo al fin—, somos los primeros hombres de un nuevo mundo; ahora ha llegado el momento de dar comienzo a la construcción del mismo. Tenemos máquinas-robots que volverán a poner en funcionamiento todos los servicios que, de momento, nos sean necesarios; científicos que investiguen sobre nuevas formas de energía, médicos que atiendan nuestras enfermedades, intelectuales que preparen el que habrá de ser un nuevo concepto de formación para nuestros hijos, y hombres especializados, en suma, para la creación de algo distinto de lo que acaba de desaparecer. ¿Os dáis cuenta? Durante milenios la humanidad creyó deber su existencia a una primera y pecadora pareja, por una parte, o a un proceso químico natural, por otra. Pero, en el futuro, los padres de la vida en nuestro planeta, tendrán nombres propios, sin necesidad de recurrir ni a la superstición ni a la especulación, y esos nombres... ¡serán los nuestros!

Alguno de aquellos «elegidos» pensó en los miles de millones de seres cuyas vidas habían sido tan brusca e impiadosamente segadas, pero en la reunión no se hizo el menor comentario. De cualquier modo, ya era demasiado tarde para prestar oídos a ningún remordimiento de conciencia.

Concluida la que hubiera podido denominarse Primera Junta de Gobierno, los integrantes de la misma se retiraron a sus viviendas, elegidas entre las más confortables de las situadas en las inmediaciones del edificio presidencial.

* * *

—Estoy... como aturdida —susurró la primera dama de la Tierra cuando estuvo en el lecho, enco-

gida sobre sí misma, casi en posición fetal—. ¿Te das cuenta de la enorme responsabilidad que hemos contraído?

—Me doy cuenta —contestó el presidente, abrazando el cuerpo de su esposa—, y asumo plenamente esa responsabilidad. El cuerpo del hombre está lleno de vida; sin embargo, la función de las células o diminutas partes que lo integran, no es otra que nacer y morir en pro del todo. A nuestros cerebros, a nuestros órganos en general, les importa un comino la vida o la muerte de esos gusanos microscópicos, cuya única misión es la integración y mantenimiento de nuestros cuerpos.

—Pero es que esos hombres, esas mujeres, esos niños...; ellos no eran gusanos...

—¡Lo eran! —exclamó con decidida soberbia—. Eran gusanos integrantes del cuerpo de la Humanidad; gusanos portadores de gérmenes nocivos, acumulados durante milenios de distorsión mental. ¡Había que eliminarlos! Porque a la Humanidad tampoco le importa la vida o la muerte de las células microscópicas que la integran; su único objetivo no es otro que la consecución de un cuerpo sano, en constante progreso hacia la perfección absoluta.

Ella no contestó. Se produjo un silencio denso que duró tres o cuatro minutos. Luego, la mujer apagó la luz. Y los brazos del presidente volvieron a rodearla, buscando la cálida tersura de sus pechos de joven esposa, aún sin descendencia.

—No, por favor... Ahora no podría...

—Sí, es verdad. Tenemos demasiada responsabilidad como para entregarnos a frivolidades propias de una civilización que ya pasó. No es que crea que debemos eliminar el sexo, no; pero sí es cierto que habremos de concebir un nuevo concepto de relación hombre-mujer.

Callaron para dormir, pero los ojos de la mujer permanecieron abiertos, envueltos por el desasosiego de unas sombras que intuía cargadas de callada desesperación. Su marido empezó a respirar de forma

rítmica y profunda, sin mostrar la menor agitación, pero a ella las sombras se le aparecían cada vez más lóbregas, como si en cualquier momento pudiese emerger de entre ellas el espectro de cualquiera de los seres que habían sido asesinados. Intentó llevarse a sí misma el convencimiento de que la inquietud espiritista era propia de mentes primitivas o con formación descompensada y no de alguien llamado a representar el papel de primera piedra en la construcción de la gran pirámide que alcanzase la tan ansiada perfección del Hombre. Y unió los párpados, esperando conciliar el sueño que hasta aquel momento se mostraba tan esquivo. Pero toda ella parecía hallarse presa en un trance de alertada excitación. Era como si, de forma repentina, sus oídos hubiesen adquirido la facultad de captar sonidos, que, en condiciones normales, le habrían pasado absolutamente desapercibidos. ¿Eran quejidos? No podía indentificarlos. Era como si pretendiesen fundirse con el silencio, pugnando porque ningún oído humano llegase a captarlos. Creía oír sollozos, lamentos largos y resquebrajados; como portadores de angustias supremas. Sí, ya estaba convencida de que no se trataba de figuraciones engendradas por el miedo a las consecuencias ultraterrenas del magnicidio. Aunque pareciesen proceder de muy lejos, acaso de dimensiones ignoradas por el hombre, llegaban a sus oídos con absoluta nitidez.

Pulsó el interruptor y la inmensa alcoba fue iluminada por la artística lámpara central. Su marido dormía de forma tan profunda como placentera. Con la luz, aquellos quejumbrosos sonidos parecieron diluirse. Se levantó y fue hacia uno de los grandes ventanales, descorriendo las pesadas cortinas. Allí abajo, todo aparecía reconfortantemente normal; como si la quietud y el silencio no significasen otra cosa que el diario descanso de los millones de vidas que hasta pocas horas antes animaban la metrópoli.

Pero los angustiosos quejidos no habían desaparecido definitivamente, tal como ella hubiera deseado,

sino que resurgieron incluso de manera más diáfana. No era capaz de determinar su procedencia, puesto que, si bien parecían brotar del centro mismo de la Tierra, resonaban por igual en todo su entorno. Se sintió poseída por un terror tan profundo como el último rincón de su propia alma. Pensó hasta en despertar a su marido para hacerle partícipe de lo que le estaba sucediendo, pero inmediatamente desechó tal idea, temiendo la posibilidad de que él llegara a identificarla como uno más de los que, a su juicio, habían representado un papel interferente en el proceso evolutivo hacia el Hombre total. Se sorprendió a sí misma advirtiendo que aquel hombre, cuyo sueño parecía gozar de la bendición del universo, le producía tanto horror como las mismas voces lastimeras que, convertidas en barrenas, iban perforando su cerebro.

Hubo de dirigirse apresuradamente hacia el aseo, ante la brusca descomposición que se iba apoderando de su viente. Y, al levantar la tapa, descubrió aquella larva amarillenta, reptando por una de las paredes de la taza. Con bruscos movimientos hizo correr el agua, conteniendo a duras penas las arcadas que convulsionaban su estómago. No esperó a comprobar el resultado y se proyectó sobre el lavabo, hundiendo materialmente la cabeza, dejando que el agua de los girfos la empapase.

Cuando se hubo recuperado, corrió hacia la alcoba con el propósito de despertar a su marido, deteniéndose ante la cama, de nuevo paralizada por el temor al ridículo. ¿Podía el descubrimiento de un simple gusano justificar su actitud, si llegaba a despertarle?

Se introdujo en la cálida suavidad de las sábanas y, acurrucándose contra el cuerpo del nuevo dios, apagó la luz y se arropó la cabeza, procurando que, entre la ropa de la cama y la profunda respiración de su marido, quedase aislada de aquellos lamentos...

La jornada que siguió fue dedicada por el presidente a programar distintos viajes de inspección alrededor del mundo, a fin de contactar con las posibles

personas que, utilizando sus refugios antinucleares, hubiesen podido escapar al masivo exterminio, así como a recorrer buena parte de la ciudad, comprobando de cerca los resultados de su drástica decisión.

A las once de la noche, ya en su propia sala de trabajo, con el auxilio de productos bioenergéticos y los estómagos incapacitados para la ingestión de ningún alimento convencional, volvió a reunirse con su Plana Mayor.

—Aparecen en cualquier sitio —decía uno de los reunidos—, como una auténtica plaga; en la carrocería de los coches, en las aceras y calzadas, en las paredes de todos los edificios...

—Si hemos sido capaces de despoblar la Tierra, no creo que tengamos demasiadas dificultades para erradicar de la ciudad a ese inofensivo ejército de gusanos —respondió el presidente con sonrisa despreocupada, pero en tono de energía incontestable. Luego buscó con la suya la mirada ceñuda del eminente hombre que ostentaba la jefatura del grupo de científicos—. Sé que este trabajo es indigno de sus conocimientos, pero no cabe duda de que alguien debe asumir la obligación de poner fin a esta ridícula pero nauseabunda situación.

—Me temo que no sea tan ridícula como a simple vista pueda parecer, señor presidente. Nosotros hemos activado una energía capaz de hacer desaparecer todo vestigio de vida, respetando cualquier materia inerte; por tanto, no es fácilmente explicable la existencia de esta plaga de gusanos.

—Bien, eso es algo que usted y su grupo habrán de investigar. Espero que para mañana cuenten con alguna teoría al respecto.

Dando por zanjada la cuestión, la Plana volvió a disolverse en busca del ansiado descanso.

* * *

—Gusanos... ¿Te has detenido a pensar que tú acostumbras a emplear esa expresión al referirte a todos esos millones de seres que han muerto...?

Estaban solos. El presidente creyó percibir un leve escalofrío que, partiendo de la nuca, le recorría la médula en sentido descendente.

—Tienes mucha imaginación, querida, y eso puede ser nefasto cuando se combina con el miedo o la superstición.

Sintió sus manos apretadas por las de su mujer, sacudidas éstas por un temblor que se transmitía al propio brillo de la mirada.

—Anoche... Anoche oí lamentos de hombres y mujeres, lamentos de niños desamparados, llenos de terror... No quise despertarte para que no me acusaras de mujer débil, para que no me considerases inmerecedora de estar entre los que habrán de construir ese mundo que pretendes... Pero oí esos horribles lamentos... ¡Te juro que los oí!

—¿Has pensado alguna vez en el Diluvio Universal? ¿Has pensado que Dios también decidió una vez acabar con toda la Humanidad, para dar paso a un mundo mejor? Y empleó un medio más rudimentario y hasta, si me apuras, mucho más cruel...

—Pero El era Dios...

—Precisamente por eso, hubiese podido recurrir a otras soluciones, sin tener que derramar sobre la Tierra el dolor, la agonía, la destrucción total. Y, además, falló; no pudo obtener ese mundo mejor que, sin duda, pretendía. Yo, que no soy Dios, he tenido que recurrir al único medio que tenía a mi alcance. Pero yo no fallaré, querida. Obtendré lo que estoy buscando. Anda, ve a dormir, y procura relajarte; sería muy desagradable que precisamente mi mujer representase el papel de serpiente en este nuevo Paraíso... No permitiré que nadie deje caer la semilla para una vuelta al pasado. Nadie.

—Ven conmigo, por favor. ¡Te lo ruego! No me dejes sola esta noche. Haré lo que tú quieras. Te prometo que olvidaré estas extrañas aprensiones y que estaré siempre a tu lado, codo con codo, sintiendo como tú sientes y deseando lo que tú deseas...

Pero ven ahora conmigo. Ayúdame; contigo no tengo miedo a nada.

—La responsabilidad que yo mismo he echado sobre mis hombros, no me permite actuar como un marido convencional.

—¡Ni yo te lo pido! No te lo he pedido nunca, cuando sólo eras presidente de un país; ni creo que jamás haya actuado como una esposa convencional, sino como la mujer del hombre más importante de la Tierra. Pero ahora te necesito... Además, es ya muy tarde, y tú también necesitas descanso...

Imploraba. Sus palabras bien hubieran podido ser interpretadas como la primera oración dirigida al que se había erigido a sí mismo en dios terrenal.

—No apeles nunca a mi corazón; no lo hagas, porque éste desapareció en el mismo momento en que mi dedo se apoyó en aquel botón. Las pasiones y los sentimientos fueron los portadores del germen que destruyó a la Humanidad. En el mundo que voy a crear, sólo habrá sitio para el cerebro. Voy a acompañarte, pero no por ningún impulso emotivo, sino porque te necesito conmigo, como la mujer a quien admiran todos los que van a ser mis colaboradores. ¿Comprendes? No puedo permitir que una debilidad emocional, por tu parte, llegue a provocar una serie de alteraciones en cadena. Los necesito a ellos y, en consecuencia, te necesito a ti.

—Sí... Lo comprendo...

En aquel instante tuvo ella la plena convicción de que quien la tomaba por los hombros, conduciéndola hacia la alcoba, no era ya un hombre, y sí un ente químico, incapacitado para el amor, y hasta para el odio. Y, pese al brazo que rodeaba sus hombros y a la proximidad de aquel cuerpo aparentemente humano, se sintió sacudida por una destemplanza que entreabrió abismos de hielo en lo más profundo de su ser.

Entre la tibieza de las sábanas, el presidente abrazó a su esposa, logrando que, poco a poco, la respiración de ella se fuese haciendo profunda y pausada. Apagó la luz, apareando sombras y silencio, y trató de vaciar la

mente, de modo que el sueño no encontrase el menor obstáculo. Pero el cuerpo de la mujer volvió a temblar, ahora con mayor violencia, al tiempo que la respiración tornaba a ser tan agitada como antes. Los quejidos que parecían emanar del centro mismo de la Tierra, eran aún más penetrantes que los de la noche anterior.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

—Esos gritos de dolor... ¡Van a volverme loca!

—¿Qué gritos...? Yo no oígo nada. No hay nadie que pueda gritar. ¿No te das cuenta? Todos han desaparecido. No existen. No hay nadie.

—Yo los oígo; penetran en mi cerebro, taladrándomelo, como cuchillos invisibles... ¡Quieren destruirme!

Se apretó desesperadamente contra su marido; tapándose los oídos. Y, de pronto, quedó rígida, crispada, conteniendo la respiración.

—¿Qué sucede ahora?

—En mis pies... Hay algo que se arrastra por mis pies... Algo viscoso...

—¡Basta! ¡Trata de dormir! Mañana mismo te pondré en manos de los médicos.

—Pero lo siento... Te juro que es verdad... ¡Hay gusanos en mis pies!

De un manotazo apartó él la sábana y la colcha, accionando inmediatamente el interruptor de la luz e incorporando el cuerpo de la esposa para que pudiese ella mirar al otro extremo de la cama. El grito de la mujer fue como la cuchilla de una guillotina seccionando el aire de la alcoba. Luego, se echó de bruces sobre la almohada, empapándola en mezcolanza de lágrimas y vómito.

El presidente crispó las manos a sus propias rodillas, con las mandíbulas apretadas, y dirigió el brillo acerado de su mirada hacia aquellas larvas amarillentas que arrastraban la náusea de sus cuerpos por entre el blanco incólume de las sábanas. Deberían tener una longitud de once o doce centímetros, en el caso de los mayores, y de tres o cuatro, en el de los pe-

queños. En número de veinte, aproximadamente, se concentraban en las inmediaciones de los pies de su mujer. Estuvo así durante unos segundos, con sus ojos fijos en los pequeños reptiles, sin un parpadeo, sin el menor movimiento muscular, para, de manera brusca, saltar luego de la cama, buscando las zapatillas. Calzado, iniciando el avance hacia la puerta, decidido a averiguar cuál había sido el camino utilizado por los gusanos para llegar hasta el dormitorio, fue interrumpido en su movimiento por unos penetrantes quejidos, como surgidos de ultratumba. Se giró con rapidez, buscando con la mirada el cuerpo de su mujer. Seguía convulsionada por el llanto histérico, en tanto los gusanos reptaban por sus tobillos. Se desprendió de la chaqueta del pijama con el ánimo decidido a golpear y a alejar de ahí a aquellos repugnantes animales, pero fue detenido por aquellos lamentos desgarrados que, como podía comprobar, no eran producidos por su esposa.

¿Quiénes podían emitir aquellos indescriptibles sonidos? ¿Es que no habían muerto todos los habitantes de la Tierra? De pronto, descubrió que en el pijama se adherían también gusanos, en número de diez o doce; y en las alfombras, y sobre la pulida madera de los muebles, y pegados a las cortinas...

Se precipitó sobre los ventanales, casi convencido de que alguno estaría abierto y aquella sería la vía de acceso a la habitación; pero los encontró perfectamente cerrados. Iba a dar la espalda a los cristales para enarbolar la chaqueta y sacudirla sobre los que habían logrado encaramarse hasta la cama, cuando algo le produjo una fuerte y gélida sacudida, obligándole a un encogimiento espasmódico; allí abajo, en la calle, un río de lava amarillento, con reverberaciones de Luna, inundaba la calzada, cubriendo las largas filas de coches estacionados, alcanzando una altura de metro y medio. Al instante comprendió que no se trataba de lava y sí de una alucinante masa de gusanos que, en coro inmenso, parecían emitir aquellos lamentos desgarradores, como si la Tierra entera gri-

tase su desesperación a través de cada uno de los seres que hasta poco antes la habían habitado. Las anchas avenidas, todas las que su mirada podía abarcar, aparecían presas de aquella inundación que sólo una mente patológica hubiera sido capaz de concebir. Millones de gusanos se alejaban de los distintos cauces seguidos por la gran masa, reptando por las paredes en busca de las ventanas y terrazas.

Advirtiendo que era incapaz de abstraerse a la sensación de pánico que estremecía hasta la última molécula que constituía su ser, miró ansiosamente hacia la cerrada puerta de la alcoba. No existía ni una rendija por donde pudiesen entrar; sin embargo, era evidente que el número que había logrado acceder hasta las inmediaciones de la cama, iba en progresivo aumento. Parecían brotar de entre la madera que revestía las paredes así como el techo y el suelo.

La mujer se había medio incorporado en la cama y, con las rodillas recogidas junto al pecho y las manos crispadas a los blancos pómulos, contemplaba horrorizada el avance de los gusanos. Ni un sonido brotaba de su boca, como si el terror hubiese momificado sus cuerdas vocales.

El presidente se abalanzó sobre el botón azul situado en una de las mesas de noche y lo apretó con furia, en tanto su mirada iba de uno a otro punto del dormitorio sin poder hilvanar una explicación a lo que estaba sucediendo.

—¡Son ellos! —gritó al fin la mujer, como si las palabras acabasen de reventar en su garganta—. ¡Son esos «gusanos» que tú has destruido! ¡Es la venganza de toda la Humanidad! ¡Son ellos! ¡Son ellos!...

—¡Calla de una vez!

El presidente, convencido de que, por una causa que ni siquiera se atrevía a imaginar, no le era posible acudir en su ayuda al personal que integraba el grupo de asistencia, a pesar de la desesperación con que había pulsado el timbre de llamada, se dirigió decidido hacia la puerta, dispuesto a plantar cara a lo que estaba sucediendo.

El coro de estremecedores lamentos era ya ensordecedor y parecía brotar de todos y cada uno de los puntos de la alcoba, como si el Universo entero gritase una insólita angustia.

—¡No lo hagas! ¡No abras la puerta!

Pero, sin prestar oídos a las desgarradas súplicas de su mujer, el presidente aferró el pomo de la puerta y tiró de ella con violencia. Fue como si en un dique hubiese sido volado el muro de contención. Un mar espeso y amarillento irrumpió en la alcoba, con la furia de un aluvión y el rugido de una galerna, estrellando la puerta contra la pared, arrollando el cuerpo del presidente y lanzándolo contra un tocador de madera noble. La mujer desorbitó la mirada y abrió su boca en un grito sobrecogedor que fue devorado por el trueno de furiosa angustia emanado de aquellas toneladas de gusanos. Estos resbalaban unos sobre otros, y, como una masa espesa pero licuosa, buscaban la horizontalidad de una superficie que alcanzaba más de un metro de altura respecto del suelo del dormitorio.

De pie sobre el colchón, con las manos estrujando sus oídos, incapaz de soportar el estallido de voces infrahumanas que reventaba sus tímpanos, sintiendo como aquella masa cálida y gelatinosa iba ascendiendo por sus piernas, una vez engullida la cama, miraba la mujer hacia el rincón en donde había caído su marido, viendo como las crispadas manos emergían de entre aquella furia amarillenta que, como arenas movedizas, pugnaba por tragárselas con el resto del cuerpo.

Pudiendo el afán de supervivencia más que los vómitos de la repugnancia, el presidente luchó con desesperación por recobrar la verticalidad, apoyando la espalda contra la pared, y abrió la boca buscando aire para sus pulmones. Los gusanos, que se pegaban a sus ojos y a cada milímetro cuadrado de su cuerpo, penetrando tanto por las fosas nasales como por los oídos, irrumpieron en su garganta, volviendo a unir náusea y asfixia.

La mujer, que, petrificada por el espanto, advertía como la superficie blanda y amarilla iba alcanzando su cintura, penetrándole en los genitales abiertos por la descomposición, dirigió la desesperación de sus desorbitadas pupilas hacia aquella cabeza que emergió de entre el insólito y siniestro pantano, con el rostro violáceo y con la lengua intentando abrirse paso entre la masa esponjosa y resbaladiza que anegaba su boca.

Una nueva ola hizo entonces su irrupción y, con un postrer chapoteo, las manos y la cabeza del presidente fueron definitivamente tragadas. Esta vez, el agudo grito de la enloquecida mujer logró atravesar el estallido continuo de aquellas gargantas invisibles, y, como si la intensidad de sus vibraciones hubiese hecho saltar el vidrio de los ventanales, éstos saltaron, proyectando los montantes contra la pared de enfrente, convirtiéndose en una nueva vía de penetración. Y los gusanos, en ola huracanada, apenas tardaron diez segundos en llenar la habitación; rebosaban por todas las puertas y ventanas...

Al séptimo día de la destrucción de la Humanidad, la ciudad que hubiera podido ser capital de un nuevo mundo, aparecía sumida en la más absoluta de las quietudes. Todo era materia inerme. Sin el menor residuo de vida, ni humana ni animal, a excepción de aquellos quinientos esqueletos diseminados por el edificio presidencial y por las alcobas de algunas viviendas adyacentes.



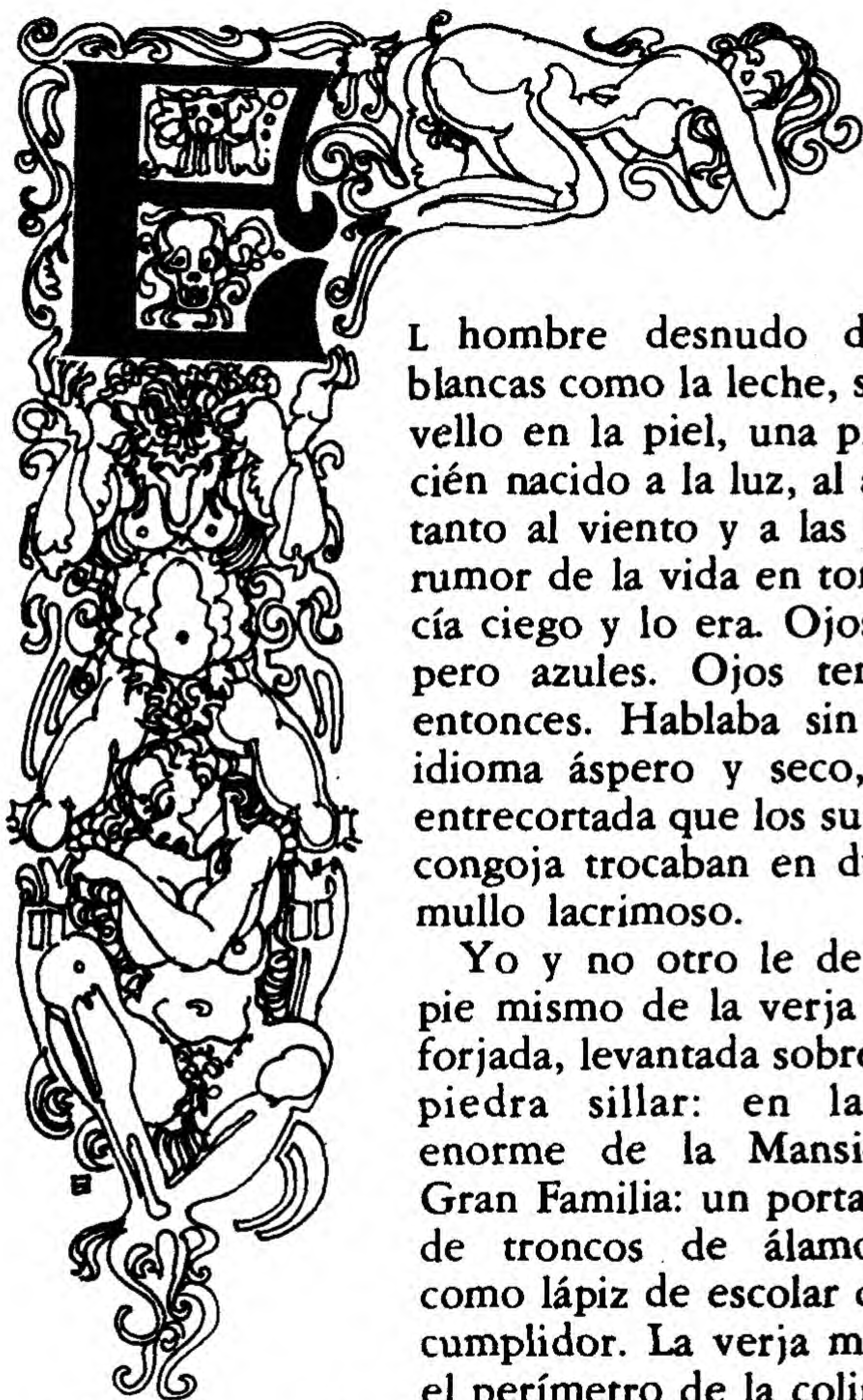


El rebaño de Jaunzar

El rebaño de Jaunzar

Jesús María Zuloaga Zuloaga

«... Son cientos, seguramente miles. Todos cegados cuando nacidos, no ciegos en el seno materno...»



EL hombre desnudo de carnes blancas como la leche, sin apenas vello en la piel, una piel de recién nacido a la luz, al aire y por tanto al viento y a las lluvias, al rumor de la vida en torno, parecía ciego y lo era. Ojos muertos pero azules. Ojos temblorosos entonces. Hablaba sin cesar un idioma áspero y seco, con voz entrecortada que los suspiros y la congoja trocaban en dulce murmullo lacrimoso.

Yo y no otro le descubrió al pie mismo de la verja de hierro forjada, levantada sobre muro de piedra sillar: en la entrada enorme de la Mansión de la Gran Familia: un portalón hecho de troncos de álamo afilados como lápiz de escolar diligente y cumplidor. La verja medía justo el perímetro de la colina, quince kilómetros, y el portalón no sé. Era como los de los castillos medievales, pero sólo de madera trabada por cola y mimbres. Nada de ferretería, «sacrílega» en el caso de la original construcción rústica.

Me acerqué a él, mientras atardecía el otoño de un septiembre en el segundo sábado del mes. La marea viva había dejado ausencia, vacío y múltiples y pequeñas agonías sobre la arena hirviente de diminutas

criaturas marinas, bruscamente privadas del agua que, con idéntica urgencia alcanzaría su colmo en la pleamar, hasta henchir de vida la orilla, los arrecifes, la costa entera por donde trepaban las olas vencidas, como brazos desesperados de náufragos invisibles, tierra adentro.

Estábamos solos.

Le toqué en el hombro y deseando que pudiera entender mi intención le dije acercando mi boca a su oído:

—Voy a grabar cuanto diga. Mientras corro a buscar un médico, hable sin temor. Hay una hora para ello. Yo volveré mucho antes.

Y le dejé allí blanco, tembloroso, con el zumbido del dictáfono como compañía.

Había callado él lo justo para escuchar mi voz, como si la sorpresa de mis palabras inesperadas le revelaran algo inteligible. Pronto reanudó su hablar. Acaso —¡ojalá fuera así!— «comenzara» de nuevo su relato, su mensaje...

Cuando volví, ya de noche —¡era un fácil temor confirmado!—, nada se advertía de él, salvo la huella de su peso en la tierra. Pero no porque hubiera huído por sí mismo...

Muerto antes... o ahogado en la abundancia de la marea, vimos su cuerpo entre sumergido y flotante, poseído por la cadencia de una danza de luces, nácar y verde profundo, dirigida por la batuta de los rayos de luna que barnizaban de lividez las carnes, ya casi grises, del hombre desnudo, ya mudo para siempre, con los ojos abiertos, muertos pero azules.

Temí por el dictáfono. Entre un puñado de algas secas, intacto, zumbaba aún en los centímetros finales de la cinta.

Después todo fue vulgar. Una nota en los periódicos (en el mío, recuadro a una columna en primera página) y... ¡yo con los sesenta minutos de declaración de aquel testigo en mi poder, joya que presentía valiosa, seguramente reveladora de algo formidable, es decir, «temible, asombroso, amedrantador»!

Una y otra vez escuché aquella larga aparente jerga, cargada de emoción en las entonaciones, de súplica y desánimo en muchos puntos. Tres palabras me parecieron lejanamente reconocibles como puertas entreabiertas al misterio: «meuk», «guisonak» y «lastanak». Sí, yo las había escuchado más de una vez en las conversaciones de ciertas agrupaciones de ganaderos y labradores, a uno y otro lado de la cordillera fronteriza. La primera de ellas, «neuk» la recordaba también como parte de una historia de naufragio en la costa de una isla del archipiélago japonés, cuando, desde el interior de la vivienda iluminada, aledaña a la playa, preguntaron a los supervivientes: «¿Nordak?» («¿Quién es?... ¿Quiénes sóis?») y estos contestaron: «Neuk» («Nosotros»). Y así lograron entenderse, a pesar de la extraordinaria distancia geográfica que separaba a unos de otros.

Acudí pues a Lushio, anciano discreto y sabio, profundo conocedor de la milenaria lengua que yo presumía emparentada con la palabra del desnudo moribundo. Hombrachón sorprendente, recio, alto y arrogante; abundante cabellera blanca, corona de respeto sobre su vestimenta siempre negra, salvo en la camisa, sin cuello vuelto, que era blanca. Todo lo demás, como digo, aparecía negro, hasta las alpargatas.

Pues más blanco que su pelo quedó todo él cuando terminó de escuchar «aquello».

—Sí... lo he entendido todo... ¡No puede ser verdad!... ¡Jesús!...

Se dejó llevar aturdido hasta la redacción y en ella, con otro dictáfono abierto como oído insaciable a su lado, comenzó a decir la traducción simple de lo que por segunda vez escuchaba. En la tensión de su cuerpo, en la crispación de sus manos y en la luz quebrada de sus ojos colmados de espanto se consumaba el prólogo único que hubiera podido ponerse por delante del mensaje del hombre desnudo, blanco como la leche.

(Dejadme, sin embargo, que os diga de mi sola

parte: ¡casi cuarenta años he despilfarrado en el servicio mercenario como director de periódicos! Es esta la primera vez que publico, en todo este largo tiempo, una verdad desnuda. Hasta hoy, fui «sastre púdico» al servicio de la envidia y el miedo, eficaces motores de la vida nacional, en los telares que poseen dinásticamente los hijos de la prolífica mediocridad trepadora, siempre ubicados allí donde brota la ocasión que les facilite el ejercicio del poder y el disfrute de las fuentes de riqueza...; pintados de virtudes, trascendidos de «vida interior», calificados intachables con público certificado de buena conducta, coleccionistas de ejemplaridades... para engaño vil de cuantos, miopes forzados, al través de cristal mentiroso, jurarán que ven en ellos futuros «santos» y no vampiros; ¡tampoco!, sacerdotes de farsa en un constante ofertorio de negocios para un dios de oro, receptor estúpido de sacrificios malditos, en los que se queman las entrañas de talentos arruinados —sonrisas truncadas— de los que, como yo por ejemplo, nacieron para bandera o verso de canción y concluyeron en peldaño esclavo. ¡Esta vez, amigos, me la juego a un solo envite! Mañana será otro, también mercenario, quien ocupe mi despacho, bruñido con tanta responsabilidad perdida. ¡Que Dios le depare ocasión como esta que hoy me redime y, hasta entonces le asista con el triple indispensable suministro: disimulo, astucia, resistencia y fortaleza de «pollino arreburra» para poder sobrevivir. Ya veo que salieron cuatro en vez de tres. También ellos me dijeron al empezar que sólo había un solo Dios... para luego demostrarme sin recato que existirían tantos como ellos precisaran. Aquí todo se arregla).

Decía así el mensaje:

«Si Jaunzar no hubiera muerto, yo no estaría aquí, fuera del aprisco sin cielo ni estrellas, sin sonidos como los que ahora advierto y me dejan saber que hay otra vida distinta a la de dentro; sin el aire nuevo (¡Jaunzar venerado, tú me enseñaste que su soplo se llama viento!), libre de los «vitales» que nutren y de

los «vocales» que ordeñan... ¡maldita telaraña de tubos que nos aprisionan!

Ya, todo lo sé por gracia de Jaunzar. Si no, ¿cómo podría hablar como él hablaba, con dos mundos como testigos, mejor dicho, con imágenes distintas, diferentes que son curso libre para mi pensamiento antes sujeto a sólo una suerte de cosas comprendidas en la subterránea ciudad que esconde la colina, limitado todo ello al ejercicio de cuatro de los cinco sentidos; tacto, olfato, gusto y oído?

¡Id por mis hermanos!... ¡No tardéis!... Son cientos, seguramente miles. Todos cegados cuando nacidos, no ciegos en el seno materno.

Iba a contaros ahora como fue la muerte de Jaunzar, punto de partida de todo esto. No. Debo urgiros con la realidad palpable (yo toco, no veo) de nuestra existencia en el aprisco truculento de la colina, cimientos de la Mansión de la Gran Familia.

Oíd.

Somos cegados cuando nacidos, ya lo dije. Imaginad el momento en que el uso de la razón nos hace partícipes conscientes de la vida en común. ¡Espantosa pero no culpable crueldad! ¡Nefasta razón necesaria!

Sabemos por el tacto la estatura del hermano, su sexo, su edad (la piel de los que envejecen es terciopelo raído, la del joven, prieta y enteriza seda). Oído, gusto y olfato están vigilantes para completar en su momento la definición.

Nacíamos, crecíamos, nos desarrollábamos y moríamos...

Fue este fenómeno el primero que interrumpió la fría, suave, cómoda, insípida regla en que la población del aprisco se movía.

En nuestra memoria estaban todos los itinerarios, los únicos caminos. Además, en los últimos años, el avance del progreso llegó también al aprisco del rebaño y así era técnicamente imposible que ocurriera algo distinto a lo dictado por la Jerarquía de la Mansión desde arriba.

Mas yo caí al suelo porque un cuerpo hermano estaba derribado en él. Así me dije; así me aconsejé; así resolví; así actué:

«Mi mano derecha avanza. Desconozco la disposición en que el cuerpo se encuentra. La izquierda busca medio metro al otro lado. Toco el fin y es el frío de la muerte. Antes de seguir, me incorporo, para reflexionar porque el descubrimiento no debo hacerlo yo, según el precepto establecido para los casos de óbito. El suave silbido de las máquinas refrigeradoras, ya familiar no se interrumpe... pero tal vez un rumor, algo así como un roce continuado, se haya producido en la armonía ambiente. De nuevo agacho el cuerpo y extiendo las manos... ¡Es imposible!... el tacto me «dice» que es líquido caliente aún y... el olfato y el gusto (porque precipitadamente gusté aquello para disipar mi temor) me declaran que aquello es sangre. Y tras la siniestra aclaración, una risa forzada me llama por mi nombre y dice:

—¡Eres tonto!... Caíste en la broma...

—¿Broma?... Y, ¿la sangre que he tocado, olido y gustado?

—Un poco de la que me dieron para mi plan en el centro de las «vocales».

Callé. Estaba seguro de que alguien había muerto allí mismo. Luego, días antes de las revelaciones de Jaunzar, supe que un hermano se había quitado la vida invirtiendo los tubos «vitales» y «vocales», es decir, «ahogado» por su propia sangre...»

¿Verdad que no entendéis aún de qué os estoy hablando?

Una vez más lo subrayo: si Jaunzar no hubiese hablado conmigo antes de morir, todo lo que yo contara acerca de la «vida» en la entraña de la colina, en el aprisco del rebaño de ciegos-cegados, sería cabalística narración literal de hechos mecánicos conducentes a un fin. Pero Jaunzar habló. Por ello, este es el punto en que la Historia debe ocupar su sitio. De otro modo, lo que en estos momentos ocurre en el aprisco concluirá en la represión más brutal que ima-

ginar se puede y al fin en el retorno a la «normalidad» del rebaño... para que la «vitalina» continúe enriqueciendo a la Gran Familia en dineros, fama y honores.

1900. Siglo XX. En la zona minera entran dos palabras desconcertadoras: monopolio y cooperativa. La primera supuso la concentración de toda la riqueza en una sola mano, la del fundador de la Gran Familia, Charrijaun. La segunda, el comienzo de una esclavitud cuya primera expresión externa fue la acuñación de una moneda, las «chapas» que sólo circulaban en la cooperativa de la mina (patatas viejas, tocino rancio, chorizo rebozado de mugrienta floración verde, legumbres con gorgojos, vino arruinado en vinagre repugnante...). Un grupo quiso protestar. Fue a más la iniciativa y... semanas después el monopolio organizó una gran fiesta, para bautizar con nombre propio a la mina total y... ¡extraño!... para premiar a las cien mujeres lactantes que demostraran mejor calidad y cantidad suficiente en su producción. Corrió el vino, y lo que en él se puso con infernal propósito y, al día siguiente, las cien mujeres y otros tantos hombres, maridos o no de algunas de ellas, desaparecieron del lugar. El monopolio organizó una comisión para investigar y puso al periódico... propiedad de Charrijaun a disposición de los que lucharon contra el silencio para aclarar el suceso. Un reportero que, embriagado de tintorro sucio, dijo no sé qué sobre algo que había escuchado en la taberna de la mina, total, también desapareció.

Sepamos ya la verdadera verdad. ¡Acababa de nacer el aprisco del rebaño, puesto que aún la colina no había sido dispuesta en sus horrendas tripas para la misión que la haría famosa más tarde!

Y, ¿quién era Charrijaun? No se trataba de un apodo. En el idioma que se hablaba entonces, que fue el que entró con los doscientos en la colina, quería decir «sucio hombre». Y todos sabemos que, de algún modo, los apellidos suelen nacer de las obras de

los ostentadores del nombre propio que precisará de la corroboración de dicho apellido.

En el puerto por donde el mineral salía, los viejos zurcidores de redes hablaban de un viaje que Charrijaun hizo a Servia, tierra de legendarios vampiros (los famosos Vourdalak). Desde entonces y con el testimonio de los que aseguraban que comía toda clase de carnes crudas, le quedó el apellido como queda dicho, porque el auténtico era casi idéntico: Arrijaun, es decir, hombre de piedra. De «Arri» a «Charri»sin embargo, discurría nuestra historia.

Los Charrijaun fueron los primeros en salir de los límites para ellos escasos de los valles mineros, de las zonas portuarias estrechamente relacionadas con la Gran Bretaña y la fabricación de sus aceros.

Tónicos farmacéuticos de todas clases, jarabes, concentrados para la fabricación de caldos, sopas y platos apetitosos; cosméticos, pinturas industriales de resistencia ilimitada tanto en tierra como en la protección de los metálicos cascos de los barcos... refrescos, tintes, cremas rejuvenecedoras... Los Charrijaun alcanzaron la cima de las grandes fortunas mundiales y así siempre, desde los pirmeros años del siglo hasta este de 1981 ocuparon uno de los tres lugares iniciales de las diez familias regidoras del comercio multinacional.

Jaunzar (hombre longevo; hombre viejo en el entrañable sentido del concepto anciano) fue uno de los cien que entraron en la colina con *las* cien. «Debió ser una borrachera que duró más de una semana. Cuando desperté, asombrosamente sin «resaca» no veía y tampoco los demás. Quisimos preguntar dónde estábamos y porqué y para qué y como nadie había nada pudimos saber.

Un día, desde alguna oquedad la voz que desde entonces daría órdenes inapelables, nos orientó hacia un lugar en donde habríamos de permanecer un tiempo siempre igual, con unos tubos (los «vitales») en la nariz. La voz dijo en la primera orden: «Dios insufló espíritu al hombre por la nariz, según reza el

Génesis. Por ella daréis vosotros la vida que os sobra. Y también nariz adentro os irá la reposición de fuerzas, además de por el ano, la boca y las venas (estos serían los tubos «vocales»).

Cada diez años, entraban otras tantas mujeres cegadas de las que sólo podíamos saber que habían sido probadas y aprobadas para la reproducción y el suministro de «energía» a la cumbre de la colina.

Yo —suspiraba Jaunzar— pensé mucho en cómo escapar; pero parecián leer en mi pensamiento y me vigilaban más que a los otros. Después, tú ya lo sabes, la televisión y los programadores hicieron el resto...

Ciego-cegado y todo, me propuse actuar.

Jaunzar me había borrado de ilusiones por lo que a la fuga podía referirse. Mas algo, ¡algo cielo santo! podría hacerse, debía hacerse.

Se me ocurrió en lo que ellos llaman «zona vitalinovocalizadora». Circuito de televisión cerrado y escuchas por doquier hacían de cualquier movimiento nuestro, de cualquier sonido motivo de atención o alarma. Pues bien, me serviría del sonido ya que la imagen de nada podía valernos...

Grité como lo que era. Un animal esclavizado... Una retenida fiera inteligente. Grité coherentemente porque estaba seguro de que muy pronto los circuitos apagarían su fluído para estar en silencio además de a oscuras. Pero fue lo suficiente.

Todos rompieron a gritar como yo y a arrancar de sí los tubos.

Comenzaron las carreras y los choques entre nosotros mismos.

No nos importaba el dolor.

Presentíamos la libertad.

Pero cuando ya agotados, sudorosos, malolientes (la refrigeración también había cesado) quisimos preguntarnos por el resultado del motín, nos respondió el silencio...

Horas después, la voz, biznieta de aquella primera voz, rió:

—Seguid así. Nos corre prisa. Tenemos repuesto preparado.

Entonces, gateando, fui con las manos como antenas yendo poco a poco hacia donde el corazón me decía que podía estar un pasadizo también presentido por Jaunzar.

Mis manos tocaban carnes húmedas de cansancio y lágrimas. A otros, gimiendo mientras se arrastraban, les sentí avanzar hacia los tubos que les darían vida...

Ayer ya topé con una boca que mordía en su propio cuerpo buscando la muerte.

También a una mujer que iba a dar a luz otro esclavo, al notar mi proximidad me suplicó:

—¡Mátalo como puedas! y mata a los de arriba cuando salgas.

El tacto por delante, el olfato y el oído a punto de asfixia, el gusto atropellado por el aire casi gelatina de ascos, seguí.

Jaunzar decía que en septiembre la marea viva, si alcanzaba la máxima altura, vacía una cueva que vuelve a llenar minutos después.

Debía darme prisa.

Pero antes, de rodillas, recé a quien sabía: al Sol y a la Luna.

Jaunzar me había dicho:

—Si ellos (la estrella y el satélite) quieren, las mareas serán todavía más vivas.

Los gritos de mis hermanos eran estertor de confusión. Se habían alejado de los tubos y morían sin recibir porque no podían dar. Oí en aquel momento pasos distintos. Eran los de arriba que no querían perder a sus «ovejas». Los «buenos pastores» de la Gran Familia, los hijos de los hijos de los hijos del inmenso cerdo («charri») que inventó el monopolio y la cooperativa y las «chapas».

Pisaba cuerpos. Era inevitable.

(¡Oh, padre Sol, oh madre Luna!)

Imaginado o real, sentí un olor nuevo que se convertía en brújula. Seguí adelante. Alguien mordió frenético en mis piernas. Me deshice de él llorando,

implorando su perdón hasta estrangular su respiración. Ya llegaba. Aquel ruido debía ser el mar que conociera el centenario Jaunzar.

Después, caí rendido y debí soñar en voz alta.

Luego, usted, quien quiera que sea, me puso al lado un zumbido monótono. Pero había hablado usted con tono acariciador. Y seguí hablando hasta quedar dormido.

¡Dios... o el Sol y la Luna con El tengan piedad de mis hermanos!»

* * *

La primera página de mi periódico decía.

«La Gran Familia, los Charrijaun, ochenta años asesinando.

En la entraña de la colina vive un rebaño humano de seres cegados.

La industria de los Charrijaun, nace en la sangre humana.

La Gran Familia lleva tres cuartos de siglo convirtiendo en vampiros a cientos de millones de seres humanos...»

¿Saben ustedes cómo terminó mi aventura?

Los Charrijaun habían dado al mundo dos presidentes de gobierno, cuatro ministros y un premio Nobel de Física. Por su contribución particular para la mitigación del hambre en el tercer mundo, eran candidatos para el de la Paz.

Sí, han acertado ustedes.

Ahora estoy recluido en un manicomio junto al mar.

Doy gracias a Dios (y al Sol y a la Luna) porque estoy vivo.

Ellos vaciaron la colina.

Los intereses de la sangre, a un tanto por ciento gigante en Bancos de Suiza y Panamá, les permitirán seguir «tirando».

Alguien dijo que el capital estaba amasado con sangre humana.

Debía referirse a los Charrijaun.

¡A todos los «charrijauns» que todavía existen en este mundo de rebaños cegados, «vitalizadores», a cambio de una libertad con solo cuatro sentidos que no permiten repetir la filosofía del viejo dicho: «Ver, oír y callar».

Porque, a juzgar por la repercusión que debiera de haber tenido, nadie dio crédito alguno a la declaración del hombre desnudo... ni tampoco al suicidio del decano del «Charri», clavado en la punta de los álamos del portalón, como los vampiros auténticos.

Se dijo que había muerto de infarto.



Juntos desde la muerte

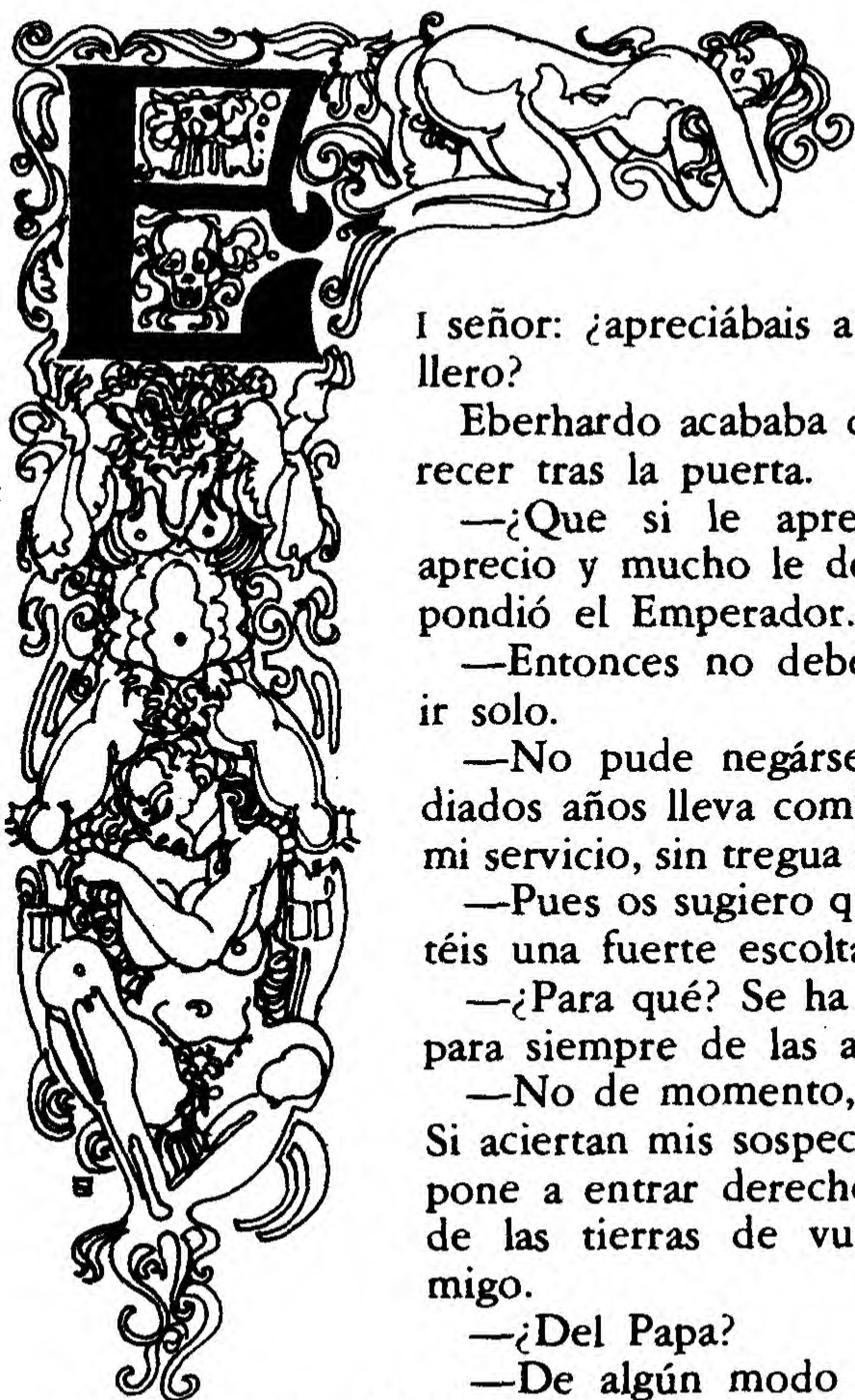




Juntos desde la muerte

Manolo Marinero

La mujer que amaba ya no estaba en condiciones de oponerse a su firme determinación, a la de quien había aceptado la muerte de los deseos... Con ímpetu desconocido acudía a la cita con el pánico.



El señor: ¿apreciábais a ese caballero?

Eberhardo acababa de desaparecer tras la puerta.

—¿Que si le apreciaba? Le aprecio y mucho le debo —respondió el Emperador.

—Entonces no debéis dejarle ir solo.

—No pude negárselo. Demadiados años lleva combatiendo a mi servicio, sin tregua ni respiro.

—Pues os sugiero que le prestéis una fuerte escolta.

—¿Para qué? Se ha despedido para siempre de las armas.

—No de momento, mi señor. Si aciertan mis sospechas se dispone a entrar derecho al fondo de las tierras de vuestro enemigo.

—¿Del Papa?

—De algún modo también y no escasamente. Pero primero al corazón del poder de Enrique el Orgulloso.

—Explicáos.

—Os prevengo, mi señor, que Eberhardo Lebecht de Falster se propone asaltar el convento de Quedlinburg.

—... Quedlinburg... ¿No hay allá un castillo?

—También.

—¿Dónde es?

—Más allá de Gotha, tras los picos más altos del Harz.

—Muy dentro de Sajonia.

—Así es, mi señor.

—No podrá llegar tan lejos el valiente Eberhardo sin ser reconocido y ahorcado por las huestes de los Welf.

—Eso calculo.

—Le haré desistir. Que vuelva a mi presencia.

—Antes mejor amparadle el trayecto. A esa marcha no renunciaría él jamás, pero con quebranto de su libertad y su corazón.

—Sed llano.

—Eberhardo conoció esta mañana una amenaza insufrible.

—¿Quién le amenazó?

—Yo.

—¿Cómo?

—Le descubrí una horrible historia que le heló las entrañas.

—¿Cuál?

—Su amada padece una condena atroz.

—Eberhardo no tiene, en singular, amada.

—Aquella. Godeliva de Schleinstein.

—¿Está recluida en Quedlinburg?

—En la abadía.

—¿Cuál es su condena?

—La lepra, señor.

* * *

Poco después de haber cruzado al alba la poterna del castillo Waiblinger, al cabo del descenso, Eberhardo Leberecht escuchó un trote rápido a sus espaldas. Eran muchos y venían como él de la montaña Hohenstaufen. Al alcanzarle le rodearon. Eberhardo maniobró las riendas de Geierfalke.

—Tenemos órdenes de Conrado de acompañarte a tu destino —le aclaró Walafrido Kühn.

—Volvéos.

—Iremos contigo hasta la jornada anterior a tu meta —explicó Esmaragdo de Lahr—. Tú serás el jefe y, entonces, dispondrás de nuestra ayuda a nuestro regreso.

Los ojos azules de Eberhardo se clavaron en el oscuro contorno del castillo, dominante de las escarpadas rocas.

—Alguien ha revelado a Conrado de Suabia confidencias que me irritan —advirtió Eberhardo.

Geierfalke sintió el instinto de que rompería el combate.

—No lo sabemos —observó Walafrido Kühn por su cuenta y por la de Esmaragdo, Vristiano y la tropa.

—¡Volvéos! —conminó Eberhardo.

Walafrido, Esmaragdo y los demás jinetes guardaron el cerco y las distancias. Las cejas de Cristiano Gammertingen escurrían sudor que caía del borde del almófar y su diestra temblaba sobre la espada.

Eberhardo pensó a su pesar en aquellos hombres.

Walafrido, Esmaragdo y él tras Conrado III frente a los odiosos papistas. Varias veces habían enfrentado y burlado a la muerte juntos.

Llegaron a la entrada de Göppinga juntos también.

* * *

La alta y espesa neblina empapaba las ramas de los árboles, la hierba agreste las cotas de malla y los huesos. Las manos del caballo Geierfalke procuraban nerviosamente apoyo en las rocas húmedas. La ascensión por el sur de los montes de Turingia agotaba. La gualdrapa mojada y la armadura ligera de Eberhardo pesaban demasiado. Pero tras la cima esperaba el congosto. Un portachuelo que llevaba casi rectamente de Fulda a Gotha.

Eberhardo ignoraba el seguimiento de Walafrido y los otros. Su ánimo era gris como una agonía sufrida con estoicismo. Hacía siete años que no veía a Godeliva. Y ya no la vería más como fue.

Godeliva le rechazó. Se había comprometido con

Walter Hardenberg. Se casó. Y Walter murió al año de matrimonio. Luego Godeliva, morando ya en el castillo de su padre, Chlodwing, devolvió las cartas de Eberhhardo sin abrir. Aunque acompañándolas con un cofrecillo que contenía una rosa marchita.

Lo intentó y lo interpretó, pero nunca comprendió el verdadero sentido de aquella extraordinaria respuesta. Y ha tiempo supo que Godeliva se había recogido a la abadía de Quedlinburg y profesado órdenes benedictinas. Llevaba tres años allá.

Sólo siete días antes le comunicaron lo espantoso. Godeliva no pudo seguir más en su castillo. Estaba oculta en el convento. Atacada por la lepra. Mansa como un animal doméstico y enfermo.

Eberhardo no dudó un instante. Godeliva ya no estaba en condiciones de oponerse a su determinación, a la de quien había aceptado la muerte de los deseos. Mas ahora, estos deseos no eran otros que los de raptarla. Y detenerse juntos. Detenerse ellos, allá el tiempo con su hambre y su carrera. Vivir cerca de ella el resto de sus días. De los de ambos. Porque Eberhardo sabía que no hay una eternidad, como nos engañan. Sino dos. La que nos precedió; la que nos sigue. Y en el intervalo se encuentra la mujer destinada para uno en el único tiempo verdadero y en todos. Eberhardo no creía en el tiempo de los religiosos. No creía en la consolación. Se juraba que Godeliva había errado. Seguro, él también. Acaso de manera más reiterada: Godeliva sólo cometió dos equivocaciones que fueron una sola y la misma.

El ánimo de Eberhardo no era envidiable. Estaba citado con el pánico. Pero en sus venas corría un ímpetu desconocido, más fuerte que el adolescente. Trepaba a por lo suyo.

Sólo Geierfalke asistiría al final. Había montado demasiados caballos. Había cabalgado más que bastante por otras causas. Por los Weibelingen, como su padre por el Emperador contra los Papas en la cosa de las investiduras. Contra los Welf. Por asombrar al

mundo con su valor y destreza también. No debía olvidarlo. Ya eran bastantes caminos.

Tenía un solo camino. Imaginaba por adelantado el peor estado físico de Godeliva. Unicamente pedía a la Santísima Virgen que la innombrable enfermedad no hubiera quebrantado la razón ni el sentido de la vista de su amada. Asumiría todo lo demás.

Desde sus veinte años sólo se había confesado una vez. En una tentativa de Cruzada. Antes de partir a Tierra Santa. Una confesión general que Eberhardo aceptó como rito. Y había mentido al confesar sólo un pecado. Desear un día la muerte de Walter Hardenberg. ¡Qué mal se había expresado! Pues deseó cuatrocientos días a cada hora de la noche y el día la muerte de Walter. Desde que recibió noticia del compromiso hasta que le llegó la de que Godeliva había enviudado, puntualmente.

Recordaba los rasgos de Godeliva. Aún con más efecto que admiración. Su mirada recta e involuntariamente intensa; limpia. Su cara risueña, fácil a mudar en melancolías de niña.

¡Ah! Hardenberg fue precavido y él era disperso y ambicioso.

Aquellas bellas facciones. Cuando Godeliva tenía facciones...

Se hizo sangre en los labios. Cedió en que no la había merecido. Pues el deslumbrar de las armas se la arrebató. ¿Y qué hacía ahora con su lograda fama caballeresca?

Bueno, se la quitaron a él, a un caballero sin casa. Al hijo de un Falster a quien tampoco había pertenecido Falster.

Este era su momento. Cuando Godeliva...

Le alcanzó una ráfaga de dolor en los sesos y el alma y el corazón, y perdió su dominio. Soltó las riendas de Geierfalke y bramó con un incontenible grito de fiera loca y acorralada, ronco y retumbante como un tronido. Geierfalke y los suabos se detuvieron confusos.

Eberhardo estuvo a punto de desfallecer y caer sin

sentido de aquella altura hacia atrás, hacia el vacío, aislados sus músculos de su cabeza.

Pero escupió una espadañada de sangre y alzó la frente encarando las cumbres. Y recogió las bridas y se santiguó, lo que para el guerrero tenía un sentido de individual arenga. Y sin picar espuelas, apretó las rodillas contra los flancos de Geierfalke, que reanudó su ahínco en el sendero recortado por precipicios.

Cristiano Gammertingen nunca había entrado en combate. Horrorizado por el insólito bramido, hizo un excepcional empeño de lealtad a su tío el Emperador. Azuzó a su caballo arriba, adelante.

Walafrido, Esmaragdo y los jinetes de más edad y guerra no pensaron ni bien ni mal, sino en que no abría la tupida niebla.

* * *

Ya no había más que temer de los suabos. Se alejaba el retumbo de los cascos de sus caballos.

El pobre sajón se incorporó casi exangüe del aguazal teñido con su sangre. Distinguió el estandarte de color vivo sobre la mancha borrosa de la partida, que se perdía en el horizonte como una bandada de quebrantahuesos. Poco habría que recoger en noviembre; estarían ahora arruinados los maizales. Sacó sus pies del agua rojiza. Sobresalía de su hombro derecho un tercio de lanza astillada. Le había atravesado el espaldarón, el gámbax y la cota de malla.

Miró al campo sembrado de cadáveres y agonizantes. Les había roto aquella fulminante incursión procedente de las brañas, de la trocha de Gotha.

Caminó buscando a su hermano entre los yacentes. Sólo un hijo del dueño del lagar estaba erguido, mareado, sucio de sangre ajena, ensayando vacilantemente caminar sin perder la vertical, como una criatura. El alférez avanzaba en sus dos palmas y una sola rodilla, arrastrando una pierna rota, hacia su tumbado caballo.

Uno de sus convecinos expiró a su paso y el sajón del lanzazo en el hombro se desvaneció.

Luego encontró por fin a su hermano a la segunda ronda de búsqueda. Este tenía la vestimenta embarrada, el rostro hincado en el suelo y oculto bajo una costra lacre. La frente hendida por una punta de espuela. El sajón maldijo a toda la partida de suabos. Deseó para ellos la peor de las epidemias. Se sentó junto al cadáver de su hermano, comtemplando cómo el perro del alferez lamía la pierna herida del amo, recostado contra el flanco de su caballo. El caballo rebufaba, resignado a su suerte. Una graja cenicienta bebía el agua ensangrentada del charco.

Recordó haber metido en los riñones de un joven jinete su espada hasta los arriaces. Volvió a ver su gesto. No de dolor. De asombro y horror. Recordó que aquel muchacho no supo maniobrar con el peso de su mandoble.

Y no pensó más en ello pues su mente se le escapaba hacia el riesgo de gangrena y hacia la escasa habilidad del boyero instruido por un benedictino en sanar quebrantos. El frío le engordaba adentro el hierro clavado.

No podría haber creído, de haber tenido noticia, que aquel desastre obedecía al rescate de una mujer de rostro desfigurado y carnes pavorosamente llagadas. Marcada por un destino inexorable.

* * *

Enterraron hondo al sobrino de Conrado Hohenstaufen en un erial calizo, evitando los pastizales. El cielo era gris pálido como el lomo de Geierfalke.

Eberhardo se había esforzado en detener a Esmeragdo de Lahr, que en memoria del desdichado Cristiano quería pasar a cuchillo a Nordhausen. Allí también había un convento de monjas. No tenían motivos de represalias. Los sajones tan sólo se habían defendido cuando ellos les cerraron. Leberecht advirtió que, cuanto más al Norte estaban, más sensato era no hacer ruido. Incluso bordear por poniente el regreso

a Waiblinger les jugaría las vidas hasta que llegaron al Neckar. Walafrido Kühn le secundó.

Perdieron en la incursión tan sólo cuatro hombres, un brazo y tres dedos, aparte de Cristiano Gammertingen. Hicieron mucho daño.

Eberhardo se dijo que, de haber partido solo, otras tantas vidas aún pisarían tierra. Y además cabía que los del castillo de Quedlinburg anduvieran ahora alertados.

No iba a consentir que ningún conocido contemplase a Godeliva en su actual estado —fuese este cual fuese— ni a distancia. Despidió a Walafrido y a la tropa, felicitándoles y deseándoles fortuna si llegaba realmente a empeñarse una improbable II Cruzada.

Les siguió el partir con una mirada insondable, en pie, apoyado en su pavés. No les veía. Veía el rostro de Godeliva. Un rostro que se le había presentado en pesadillas bajo cien horrorosas formas de deterioro a cada noche del recorrido. Ahora lo veía tal como era siete años atrás. En toda su suavidad y plenitud.

Solamente en una ocasión había visto de cerca a un leproso. Le asaltó una asociación de imágenes. Estuvo a punto de caer de bruces sobre el pavés, herido de vértigo.

* * *

Divisó desde la ladera norte del Harz el imponente castillo. Picó espuelas. Tras un temerario descenso, ya casi en la llanura, distinguió la torre de lo que podía presumirse abadía. El ánimo de Eberhardo Lebecht renació. Un ímpetu salvaje bombeaba su corazón.

Montado en Geierfalke, al paso, examinaba las aguas del Bode, siguiendo la ribera derecha. Escogió un esguazo a conveniente distancia del caserío. La abadía, afortunadamente, estaba algo apartada. No temía a las armas. Pero no podía permitirse que le arrastrase al fracaso un necio incidente. Poco le faltaba para estar con ella. Y, como había acariciado en

su juventud, Godeliva de Scheinstein sería suya.

El Bode corría crecido. Vadeó entre dos meandros que frenaban la corriente. En medio del cauce notó que unas grajas alzaban vuelo sobre el arbolado de la ribera contraria.

Los malhechores le aguardaban en la ramada del bosquecillo. Cayeron sobre Eberhardo, sin sorprenderle, como pequeñas rapaces.

Mala la hubieron.

* * *

Observaban temblando de miedo al caballero. Este lavaba en el arroyo que caía al Bode la hoja de su mandoble y el abrojo de su majador. Estaban atados corto a un árbol los tres salteadores. El cuarto enseñaba los ojos y las tripas al cielo.

Eberhardo se les acercó, midiéndoles y examinándoles como si fueran soldados.

—No me sirves, capilludo —dijo al más desmedrado de los prisioneros, que además llevaba un tajo al costado por el que se le escapaba la vida a borbotones.

Le decapitó y envainó el espadón.

—Si sóis cuerdos— se dirigió a los dos restantes —haréis cuanto os diga.

—Lo que sea, señor —se adelantó uno que disimulaba una herida en la pierna.

—¿Qué, señor? —preguntó el único ileso.

—Hacer fuerza a unas religiosas benitas, si es fuerza hacerla.

Esbozaron sonrisas maliciosas que los acerados ojos de Leberecht de Falster cortaron por lo sano.

Al desatarles, el malherido quiso hacer méritos, previniendo al caballero.

—En la abadía hay leprosas, señor.

* * *

Eberhardo en Geierfalke y el último bandido cruzaron un campo de flores bajo el cielo plomizo hasta llegar a la sombría abadía de Quedlinburg.

En la puerta el caballero reclamó la presencia de la abadesa. El hábito negro de las benedictinas le resultaba indiferente al falso escudero, pero encogía el alma del jinete.

Escolástica de Havelland dispuso que se preparasen viandas para el viajero y su escudero. Dentro del patio, Eberhardo elogió por cortesía la huerta de cardos tanto de los comestibles como de los medicinales. Luego de beber en el pozo confesó sus propósitos.

—Necesito ver a Godeliva de Schleinstein, madre abadesa.

—A la hermana Matilde... no podrá ser. Está... está muy grave...

—Lo prometí a Dios Nuestro Señor.

—No podrá recibiros...

—He hecho una larga jornada hasta aquí con ese único fin.

—¿De dónde venís? —la abadesa era noble. Y curiosa de los asuntos terrenales.

—Del monte Hohenstaufen.

La anciana miró hacia el claustro.

—Aún así no puedo dispensaros. A la hermana... —su semblante tornó de la preocupación a la dulzura— a Godeliva no se la puede ver...

—Por una vez.

—Pero... no es que haya impedimentos sagrados... tampoco es caso de disciplina... En su estado... Si su padre...

Entonces se oyeron voces tras una puerta del umbrío claustro. Eberhardo prestó atención. Voces de dolor, lamentos. La voz de Godeliva. Por un segundo escrutó el gesto azarado de la abadesa.

—Haz lo tuyo —ordenó al falso escudero.

Y el salteador cumplió con su deshonrosa misión, teniendo a raya a las indefensas benedictinas mientras Leberecht de Falster corría por la galería.

Echó abajo la pesada puerta.

* * *

La visión puso a prueba el temple de Eberhardo. Hay en la vida cosas espeluznantes aún para quienes difícilmente se amedrentan.

Y, aunque sangrase los sentimientos del inmutable enamorado, la reacción de ella fue la natural. Emitió un hondísimo, desconsolado gemido al verse sorprendida. Y, ocultando el rostro tras los brazos cruzados, se refugió en un rincón de la celda, presa de un llanto desesperado. Varios dedos le faltaban en las manos.

El avance de Eberhardo hacia ella, la proximidad, la mirada de espanto y misericordia que sentía clavada a sus espaldas, deshicieron el resto de sus fuerzas.

Sólo un segundo, con el alma puesta en los ojos, volvió a contemplar el caballero, sometiendo su náusea, aquella cara plagada y horripilante. Aquella cara joven pero destruida. Abotagada, surcada de pústulas rojizas, unas profundas y otras abultadas, nudosas, y de úlceras abiertas. Cara irremediablemente devorada por la lepra, invadida de muerte. Y en la expresión de Eberhardo se posó la serenidad.

Al salir con ella en brazos, desmayada, descubrió sin emoción que la anciana abadesa había sido golpeada por el indigno ayudante. Amenazadas por las armas de éste, algunas religiosas se debatían ante los arcos del claustro paralelo en un caos de histéricos chillidos y oraciones. Asomaba a una ventana de la torre un hombre joven. Y, para mayor sorpresa y confusión de Leberecht de Falster, otro, de edad avanzada, apareció en un ángulo del claustro. El rostro de éste resultó familiar al invasor.

* * *

Sostenía a Godeliva entre los brazos. Geierfalke volaba con las riendas sueltas y el aire húmedo cortaba la piel. El repicar de las campanas de la abadía era incesante.

Antes de perder de nuevo el sentido, ella había emitido ininteligibles protestas.

Habían rebasado el campo de flores cultivadas y el galope de Geierfalke era más rápido que si se hubiera desbocado. Agonizaba la luz matinal y, desde las estribaciones del Harz, un relámpago traspasó las nubes opacas.

Eberhardo advirtió un apretado grupo de veloces jinetes que le cortaba terreno desde levante. Hombres del castillo sin duda. Ya le venían siguiendo por detrás dos a caballo. Pero nada ni nadie le separaría ya de Godeliva. A pesar de su carga, Geierfalke galopaba (si se puede decir) con ferocidad. Aunque, en su fuero interno, Eberhardo se arrepentía de haberse desprendido con imprevisión de su fuerte escolta.

Al llegar al bosquecillo Geierfalke hubo de menguar su galope.

Las ramas azotaban y arañaban el rostro de Eberhardo, que cuidaba el de Godeliva cerrando sobre él la palma de su diestra.

Escuchó entre la cadena de truenos un eco de cascos de caballos.

Una escuadra compacta. Por la izquierda.

Una gruesa rama le golpeó la frente. El casco se perdió rodando mientras Eberhardo se empeñaba en recobrar el equilibrio. Estaba aturdido. La sangre se le agolpaba en la cara. Pero Geierfalke no detuvo ni un instante su avance hacia el vado.

El de Falster desenvainó cuando clareaba el ramaje.

* * *

Le aguardaban en la orilla del Bode. Media docena de jinetes bajo un repentino y áspero chaparrón. Al salir Eberhardo del arbolado al descubierto, se unían a aquellos por el flanco izquierdo otros tantos rezagados. Se dispusieron en abanico, formando barrera delante del río. Alzaban espadones, lanzas y majadores sobre la almena de escudos.

—Entregad a la religiosa —conminó el del centro.

—Abríos.

—Entregad a la religiosa y deponed la espada.

—Abrid, que os deshago —amenazó el de Falster, ardiendo de impaciencia.

Geierfalke se ladeó inquieto al sentir que dos jinetes se aproximaban a su grupa desde los árboles.

Uno de estos dos caballeros se destacó. Parecía contar con autoridad sobre la escuadra.

—Rendíos, Leberecht de Falster.

El fugitivo estiró el brazo derecho, interponiendo su espada.

—Habéis cometido un crimen sacrílego. Inexpiable. Odioso a los ojos de Dios y a los nuestros —el tono de voz era a la vez enérgico y melancólico.

Pero Eberhardo no estaba dispuesto a dejarse ganar por el desconcierto. Empujó a Geierfalke con la rodilla, dando espalda al caballero, hacia la fila que guardaba la salida por el río. Ahora la voz serena de aquél le inmovilizó.

—No es Godeliva de Schleinstein a quien lleváis.

Demudado el rostro, distendido el brazo armado, Eberhardo encaró al provecto caballero. Le reconoció.

—¡Schleinstein...!

—Sí. Chlodwing de Schleinstein.

Eberhardo notó la mirada fija del segundo caballero. Era Lothar, el hermano mayor de Godeliva.

—Me engañáis —acusó Eberhardo confundido, mirando a la joven leprosa que estrechaba con su brazo izquierdo.

—Lo juro por Dios; ella me rogó que os volviera a la abadía.

—Así fue —respaldó Lothar de Schleinstein.

Eberhardo parecía dudar. Pero a continuación quedó tan visiblemente postrado que sus perseguidores le llegaron por detrás y le tomaron la presa sin asomo de resistencia. Eberhardo dejó caer su espadón y aceptó, sin entonación.

—Vamos.

Había hecho un ademán y Geierfalke avanzó al paso hasta que el viejo Chlodwing tomó sus riendas.

—Es tarde —medió Lothar—. Godeliva ha expirado.

Dios, el diablo o Azrael habían hecho víctima a Eberhardo de la más trágica de las burlas. El infeliz sintió el dolor insoportable, inhumano, que coloca al hombre en la raya de la locura.

—Os reconoció por la voz —explicaba Chlodwing— pero Lothar y yo procuramos disuadirla. Os sabíamos en territorio de Tubinga, atento a otros menesteres.

—Vuestra presencia en la abadía le produjo una excitación fatal —reprochó Lothar—. Godeliva llevaba dos días abatida por la postrera agonía.

Los ojos azules de Leberecht de Falster chocaron con los del viejo caballero.

—La barbarie que cometísteis en el claustro fue el último golpe para mi hija. Antes me había pedido que os condujera hasta ella, pues el proceso de su brutal enfermedad consumió los restos de su respeto y su vanidad.

—... Entonces lo supo... —se dijo Eberhardo con un hilo de voz.

—... Que fuisteis por ella. Sí. Fue la última certeza que entró en su consciencia.

Lothar se adelantó y, cruzándose, hizo retirar el puño de su padre de las riendas de Geierfalke.

—Marchad —alentó a Eberhardo—. Nunca os pude sufrir pero hoy admiro vuestro valor y devoción. Volved al sur o, si lo preferís, seguid camino hasta el mar, hasta Falster.

La mirada de Eberhardo era impenetrable.

—Llevadme hasta ella —les dijo.

* * *

Tres días después el duque de Sajonia conoció de aquel descabellado e infame asalto a Quedlinburg y de las vidas cobradas por la incursión de los suabos. Envió inmediatamente un correo.

El faraute del duque comunicó a Chlodwing de Schleinstein las disposiciones. Que Eberhardo Lebe-

recht fuera enjaulado hasta el azogue de Quedlinburg, decapitado en público y descuartizado. Que se repartieran sus cuartos por distintas plazas del ducado.

Ya Chlodwing había sido incapaz de detener el abrazo de Eberhardo (desbaratando la cubierta de tres prietas capas de flores) al cadáver de su hija. Y, antes de hacerle ejecutar en la horca, en un patio del castillo, le hizo saber que antepondría a las órdenes del duque la última petición de Godeliva. Que no estaba enterrada en el cementerio de la abadía. Sino bajo una rosaleda silvestre, junto a una ermita abandonada a la hiedra, en un paraje que Eberhardo no volvería a ver vivo.

El perro insistente

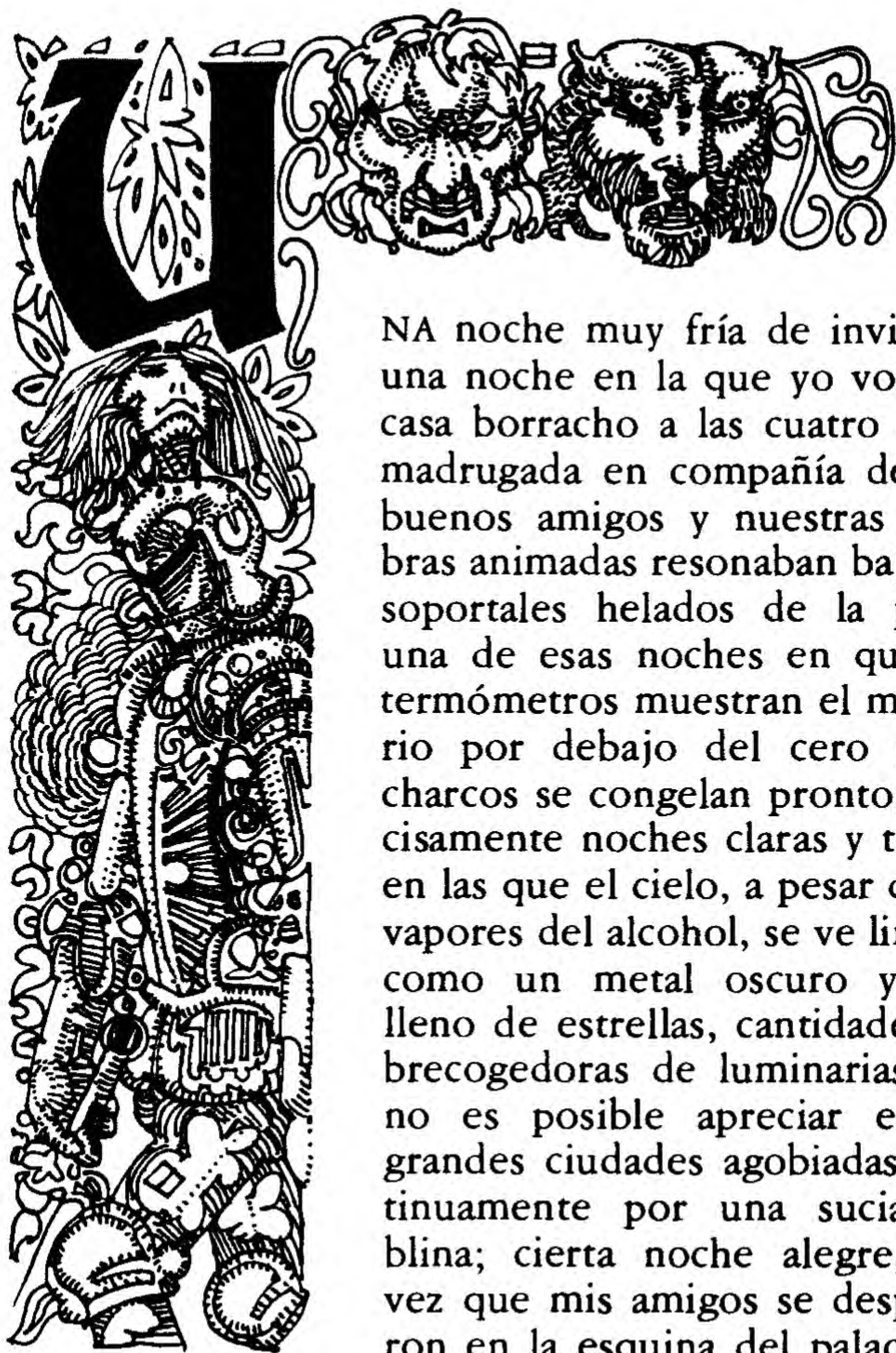



VB

El perro insistente

Nino Velasco

¿Qué significaba la presencia tenaz de aquel perro en cuyos ojos parecía adivinarse una severidad casi humana?



UNA noche muy fría de invierno, una noche en la que yo volvía a casa borracho a las cuatro de la madrugada en compañía de dos buenos amigos y nuestras palabras animadas resonaban bajo los soportales helados de la plaza, una de esas noches en que los termómetros muestran el mercurio por debajo del cero y los charcos se congelan pronto, precisamente noches claras y tersas, en las que el cielo, a pesar de los vapores del alcohol, se ve limpio, como un metal oscuro y alto lleno de estrellas, cantidades sobrecogedoras de luminarias que no es posible apreciar en las grandes ciudades agobiadas continuamente por una sucia neblina; cierta noche alegre, una vez que mis amigos se despidieron en la esquina del palacio de Medrano y yo me quedé solo para seguir caminando hacia mi casa cercana, oyendo el chasquido seco e inquietante de mis botines sobre la acera y su eco en las fachadas sombrías, a esas horas en que la soledad de las calles te hace avivar el paso y cualquier descarriado que también se dirige hacia su domicilio te parece un probable asaltante, y procuras no mirarle de frente, aunque no le pierdes de vista observándole de

reojo, a las horas intempestivas en que, incluso estando bajo los efectos del brandy, das gracias a Dios por tener una casa confortable y caliente, porque el frío es cortante y no comprendes cómo pueden sobrevivir los pájaros ateridos entre las ramas de las acacias, bajo la siniestra helada, o los perros vagabundos que merodean por las esquinas, una de esas noches en que regresaba borracho, una de las innumerables noches en que volvía borracho, vi precisamente a un perro negro que, desde la desierta avenida de los Héroes, me miraba inmóvil, apostado en una actitud de alerta o de atenta observación, como si el animal me estuviese husmeando a fin de identificarme desde el otro lado de la calle.

¡Cuántas veces me he encontrado en las madrugadas de invierno con chuchos de mirada implorante que caminaban por la ciudad sin rumbo determinado, con un paso rápido y anhelante, realmente como si se dirigieran apresurados hacia algún lugar concreto, y, sin embargo, tan sólo zigzaguean desorientados en la noche, buscando afanosos no se sabe qué! Estos perros sin amo y sin casa, que duermen en sórdidos rincones clandestinos resguardados miserablemente del frío, siempre me han producido, si no miedo, una sorda inquietud, algo semejante a un estado de mala conciencia, sobre todo si he cruzado mi mirada con la suya. Ustedes saben a qué me refiero, ¿cómo no? ¿O hay que tener un determinado espíritu, o hay que ser un borracho como yo para apreciar estas cosas? Sus ojos son exactamente humanos: en las madrugadas de diciembre, que estimo son las más frías del invierno, la mirada de uno de estos perros, oscura y tierna, parece declararte, desde el fondo insondable de sus pupilas, que ellos son aproximadamente tus semejantes, ancestrales hermanos de un tronco común de vivíparos que, por azares distintos, han derivado en otra especie cuyos ojos mantienen aún el rasgo común de la desesperanza y el afecto. A veces me he sentido horrorizado ante ojos emejantes, frente a una mirada que, clavada en tu rostro con

imponente seriedad, parecía formular una súplica incomprensible, sin duda una llamada de entendimiento, algo como una disculpa: «dame tu cariño, sólo eso puedo comunicarte, pero tú me comprendes; somos hermanos remotos».

El perro abandonó su estado expectante y, con la cabeza humillada, comenzó a andar dirigiéndose hacia mí. No hay ningún peligro, ustedes lo saben; tan sólo proceden a seguirte iniciando así unos primeros pasos oscuros, pero evidentes, en los que ellos, desde cierta distancia, te ofrecen una amistad sumisa de desconcertante fidelidad. Sencillamente, quieren que te los lleves a vivir a tu casa; tan sólo aspiran a tener un techo y tu cariño, no van nunca más allá; ni siquiera te exigirán comida, únicamente tu presencia en sus ámbitos amargos. Es propio de gentes sensibles evitar la crueldad en estos casos, si, en efecto, no entra dentro de nuestros proyectos la posibilidad de darles cobijo. En estas circunstancias lo mejor es ignorarlos, ni una mirada tan sólo, mucho menos una caricia que podría engendrar en ellos falsas esperanzas dolorosamente cortadas en seco cuando, al llegar a nuestra casa, cierras la puerta a tu espalda dejándolos de nuevo, justo al brotar en su corazón un rayo de tibieza, en la insondable soledad de los barrios.

Tenía por entonces —y sigo teniéndola—, hacia el año 48, una hermosa casa, tal vez la mejor de la ciudad, si exceptuamos dos o tres palacios. Un edificio de cien años, con habitaciones amplias de techos altos, suelos de mosaicos con dibujos geométricos, o losas rojas, según la categoría de los aposentos; sólidos muros que producían un clima fresco en verano y un ambiente acogedor en invierno, delicados elementos ornamentales incluidos en la obra. Un edificio de ladrillo rojo situado en el aristocrático estilo romántico de los tiempos de la reina Isabel. El mobiliario inglés, sobrio y elegante, unido a detalles del todo actuales, hacían de mi vivienda un lugar apreciado por mis numerosos amigos, esa gente ociosa de la ciudad, con rentas envidiables que les permitían no

mancharse de los mil diversos modos con que la gente se mancha en cuanto necesita trabajar. ¿Ustedes conocen alguna modalidad de trabajo rentable en que sus ejecutantes no se manchen? Pónganme el ejemplo de cualquier oficio o profesión liberal, desde el simple auxiliar administrativo hasta el pintor de renombre y yo les puedo aclarar de qué forma se manchan. La ociosidad en que yo vivía tal vez manche de otra forma, tal vez nos emborrachásemos demasiado (los capilares rojos de mis mejillas lo delatan) y sin duda desestimábamos en exceso a la pobre gente que necesariamente tiene que trabajar en oficios execrables para tan sólo malsobrevivir.

No miré ni una sola vez al perro, pese a que oía sus uñas chasqueando sobre las losas de la calle, caminando a mi espalda diez o doce metros más atrás. Entré en casa como si no hubiera advertido su presencia y me fui directamente a la cama. Vivo solo en esta edificación grande; a veces, en la noche, sus espacios inertes me producen una rara sensación semejante quizás a un miedo discreto. Esto me ocurre pocas veces, tan sólo las madrugadas en que no regreso ebrio. En aquella ocasión sí volvía ebrio y, por lo tanto, tras acercarme al armario del salón donde tenía las bebidas y tomarme el último trago de coñac, me tumbé vestido en la cama para quedar profundamente dormido en el acto.

He dicho que vivo solo; en realidad me acompaña una vieja sirvienta con la que no me hablo hace años. A veces la veo cruzar por el fondo de un pasillo; me tiene limpia la casa y hace su vida.

A la mañana siguiente, al despertarme con el cerebro embotado aún por los residuos de la borrachera, vi a través de la ventana un desolador cielo plomizo, la tonalidad acerada de uno de esos días helados que presagian la nevada: la gente se pone sus guantes de lana, se sube las solapas de los abrigos y se ajustan las bufandas alrededor de la boca, jornadas grisáceas en las que sólo entran ganas de meterse en algún sitio caliente a beber en buena compañía, lugares con mu-

cho ruido y mucha gente, donde el humo del tabaco cubre el espacio con una neblina sofocante que hace más ensoñadora la aparición de alguna mujer forastera y hermosa.

A través de los cristales vi al perro negro, cosa extraña, en la acera de enfrente, sentado sobre sus patas traseras y mirando a la casa, expectante; sin duda aguardando mi aparición, ¡cosa extraña!, pues estos vagabundos de la madrugada, que te siguen durante un tramo de tus trayectos nocturnos, suelen desaparecer después de nuestros contornos lapsos de días o semanas, hasta que el azar permite que te encuentren otras noches y tal vez deciden seguirte de nuevo. Me quedé observándole, yo diría que más que extrañado: su fisonomía anhelante, su estado de alerta mirando a la casa inquieto, me produjeron una especie de oscuro sobresalto cuyas causas se ocultan en lo más escondido del subconsciente.

Aquella mañana, la vieja criada que cuida de mi casa, mientras limpiaba el polvo en el salón, no sé cómo, derribó el óleo oval con el retrato de mi padre armando un estrépito alarmante. La reñí injustamente, sobre todo cuando advertí que en el percance había quedado dañada la tela: un piquete justamente abierto en las mejillas de mi progenitor, un orificio tal vez irreparable.

Estuve de mal humor toda la mañana, preocupado también por la presencia del perro frente a mi casa, posición que no abandonó hasta después del mediodía. A la hora de la sobremesa llegaron mis tres buenos compadres de tantas tardes y veladas. Venía con ellos cierto empleado del Ayuntamiento llamado Sagaró, un tipo viejo y muy borracho. (¿Han visto ustedes algo más innoble que las venerables canas mancilladas por el alcohol?), que, al ver el retrato de mi padre deteriorado, se desató en exclamaciones extrañas.

—¡Ese sí que era un buen tío! ¡Jo, jo! Bueno de verdad... —Estaba ya cargado y olía desagradable-

mente a aguardiente—. Sólo que era un tipo raro, ¡jo, jo!

—¿Mi padre raro? —le dije mirándole con severidad.

—Sí, hombre, ¡jo, jo! Le conocí bien cuando yo era joven; fue muy amigo de mi padre, que era otro tipo raro, ¡jo, jo, jo! Les gustaba hablar de cuestiones difíciles, de filosofía, de religiones extranjeras, ¡jo, jo, jo!

—No lo sabía...

—¡Y además coleccionaba insectos! ¡Jo, jo, jo! El tío sabía un montón de Matemáticas: le dio clases a mucha gente de aquí, a los chavales que suspendían en junio... Bueno, entre ecuación y ecuación les hablaba de esas cosas, ¡jo, jo! Del asunto de las religiones orientales y todo eso, ¡jo, jo, jo! Daba las clases... ahí, en esa habitación —señaló hacia una puerta que se abría al salón—. Lo recuerdo perfectamente, ¡jo, jo, jo!

—Yo también me acuerdo —intervine—. Todavía está la pizarra...

Empezamos a beber anís Machaquito mientras jugábamos a las siete y media y fumábamos habanos finos sin parar. Yo tenía un recuerdo lejano y vago de mi padre: asomado al balcón una mañana de primavera, alto y elegante, de espaldas, mirando al huerto interior que por entonces tenía árboles frutales. Pero, cosa extraña, sobre todo evoco su olor, parece que lo percibo ahora, cosa extraña; un aroma que no tiene nombre concreto: a limones o tal vez a membrillos metidos entre la ropa de un armario, un perfume casi agrio, pero bueno, que aún rememoro a veces, no sé por qué, al despertarme. Sólo eso...

Hacia las nueve llevábamos ya muchas copas de Machaquito y muchas partidas de siete y media. El salón estaba lleno de humo. Salimos de la casa. Nos comimos un cordero en un buen mesón frecuentado por tipos como nosotros que quedaba por el barrio del Cuartel, y terminamos en los blandos sillones del Círculo Mercantil tomando whisky a deshoras. La no-

che era terrible; no es atrevido decir que se congelaban las palabras. Embutidos en los abrigos, con los sombreros bien calados, las bufandas al límite de los labios y las manos enguantadas, nuestras risotadas y una charla vivaz y exultante resonaban indiscretamente en las calles vacías de la ciudad. A la altura del palacio de Medrano, como todas las madrugadas, me quedé solo. Había empezado a nevar: estaba más borracho que otras veces: me puse a canturrear: en seguida advertí sus pasos detrás de mí.

Tuve la debilidad de volverme para comprobar si era él o no, y eso tiene sus inconvenientes, porque el chucho lo advirtió, tomando aquella mirada más como un indicio favorable, incluso como un consentimiento por mi parte. Se acercó más y oí su respiración cascada detrás de mis talones, mientras yo caminaba indiferente, dispuesto a no repetir semejante error.

Seguramente hacía mucho frío, aunque yo, debido a la ingestión quizá desmesurada de cordero y alcohol, era como una locomotora antigua con la caldera al máximo de calorías. Nevaba en silencio. El perro adelantó su posición; ahora caminaba a mi lado, mirando al frente, expulsando vaho condensado por la boca. Avanzaba abstraído, sin prestarme atención, pero a la vez, cierta fijeza en la marcha y débiles signos de confianza advertidos en la posición de su cola, delataban que, en su indescifrable cerebro, se albergaba la esperanza de que yo le acogería aquella noche.

Llegué ante la puerta de mi casa y me dispuse a meter la llave en la cerradura. Entonces se colocó expectante junto a mis piernas, atento a que la puerta dejase apenas una rendija libre para colarse en el interior del vestíbulo. Meneaba la cola indicando así su nerviosismo, inquieto ante la cercana solución a sus desdichas, a la vez que, con ese movimiento zalamero, trataba de ablandar mis sentimientos. Era viejo y estaba sucio. Se encontraba demasiado cerca para que no me infundiese respeto.

—¡Vamos! ¡Márchate! ¡Vete! —le grité, a la vez que, batiendo mis botines con estrépito contra el suelo, le amenazaba con el puño en alto.

El perro se apartó unos instantes, pero regresó inmediatamente, atento a mis maniobras con la llave, agitado y terco, con la persistencia de esos tipos que, tras haber solicitado obtusamente algún favor, al denegárselo repetidas veces, persisten ya de un modo oscuro en el que se adivina mucha violencia contenida, individuos que no respetan la voluntad del prójimo y, creyéndose injustamente postergados, insisten a la postre de una forma amenazadora.

En los ojos del perro, fijos en mí, se adivinaba la severidad del hombre digno que se cree burlado. Tuve miedo; estábamos él y yo solos en las calles, posiblemente los únicos moradores en vela de la ciudad aterida. Me tenía acorralado contra la puerta y, para salvar momentáneamente la situación, me metí la llave en el bolsillo y me alejé de mi casa. Lanzó un ladrido extraño y se vino detrás, siguiéndome como una sombra. Temía que, de un momento a otro, me lanzase una dentellada a los tobillos.

Avanzamos por la desierta avenida de los Héroes conforme la nieve arreciaba. «¡Fuera! ¡Largo! ¡Vete!», le fui gritando, a la vez que sentía los pies cada vez más helados y, conforme se diluían los efectos del alcohol, comenzaba a sentir escalofriantes tiritones. Llegué hasta el parque, situado al fondo de la avenida, en cuyos arriates la nieve había empezado a cuajar. El cielo marrón grisáceo exhalaba una siniestra claridad espectral. No se oía ni un solo ruido. «¡Largo, vete, maldito perro!». Le tiré varias piedras inútilmente: mi inoportuno acompañante, tras alejarse circunstancialmente con la cabeza baja, volvía a aproximarse apenas yo cesaba en mis actitudes agresivas.

Me lanzaba ladridos esporádicos cada vez más inquietantes... Comencé a pensar en la posibilidad de meterlo en mi casa por una noche. En cualquier caso, era una insensatez permanecer más tiempo en la ca-

lle, a las cinco de la madrugada y bajo la nieve. Volví sobre mis pasos. Metería la llave en la cerradura, lanzaría entonces un grito amenazante y, aprovechando su momentánea huida, entraría en la casa para cerrar rápidamente la puerta delante de sus narices. Los efectos del alcohol, esa euforia que se alcanza en los momentos óptimos de una borrachera, se estaban esfumando, y comenzaba a sentirme incapaz de continuar en pie. Por el camino, aquel terco desgraciado, como si fuese fraguando una ira contenida, comenzó a emitir oscuros gruñidos, amenazantes rumores roncos que se transformaban esporádicamente en secos ladridos de impaciencia o de cólera. Al llegar frente a la puerta de mi casa, no me fue posible llevar a cabo mis planes. El maldito bicho se plantó junto a mí, del todo atento a los movimientos de la mano en que llevaba la llave, a la vez que, con las orejas aplastadas sobre la cabeza y esa mueca espantosa que precede a una agresión, sostenía un amenazante rugido gutural, posiblemente dispuesto a lanzarse contra mí en cuanto hiciese un movimiento inoportuno.

Estaba asustado; no podía impedirle que pasara. Abrí la puerta, el perro se coló dentro apenas dejé una ranura libre; cruzó rápido por el vestíbulo dirigiéndose sin vacilaciones hacia el salón, volvió sobre sus pasos para ladrarme de alborozo, saltando sobre mi pecho con pesadez. Advertí incluso, en su boca fláccida, una mueca horrible que recordaba algo parecido a una sonrisa humana.

Allí terminó todo, porque entonces tuvo lugar el episodio que desencadenó el ignominioso final. Mientras yo le decía «¡silencio! ¡silencio!», a fin de evitar que se despertara la bruja que me arreglaba la casa, eludiendo así el hecho de verle la cara a aquellas horas, el perro se había detenido frente al retrato de mi padre, que descansaba en el suelo, apoyado en la pared después del percance sufrido aquella mañana. Agitado y nervioso, dio varias vueltas frente al óleo, lo husmeó, sus ojos oscuros e inciertos, como provenientes de una noche remota, se fijaron posiblemente

en los ojos del retrato, en el rostro sonrosado de mi padre y, de pronto, recostándose sobre sus patas traseras, lanzó un aullido indeseable, esa clase de prolongados lamentos que se escuchan a veces en la noche, emitidos por perros que, según la creencia popular, están despavoridos porque han detectado la presencia de la muerte.

Me quedé clavado en la puerta de la estancia, confundido por aquella reacción; más aún al ver cómo el perro se acercaba a mí con el rabo entre las piernas, azorado, exhalando confusos gemidos o sollozos, quién sabe. Me lamió los zapatos completamente rendido. Me agaché entonces emocionado, extrañamente enternecido, y le acaricié la cabeza. El la levantó para mirarme. ¡Estaba justamente llorando! No sé que impulso ridículo me movió a la nefasta decisión de abrazarle: pasé mis brazos alrededor de su cuello y junté mi cara a su negra cabezota mojada, aterida por tantas noches de soledad y de frío.

Sí, entonces le olí, le olí del todo (¿fueron efectos del alcohol?) y un escalofrío espeluznante me erizó la piel y los cabellos: mi infancia y la sombra de los frutales en el huerto se me agolpó en el recuerdo como una oleada de fuego presionándome en el cerebro; percibí en la piel del perro un olor lejano y preciso, un aroma que no tiene nombre concreto: a limones o tal vez a membrillos metidos entre la ropa de un armario, un perfume casi agrio, pero agradable, inconfundible...

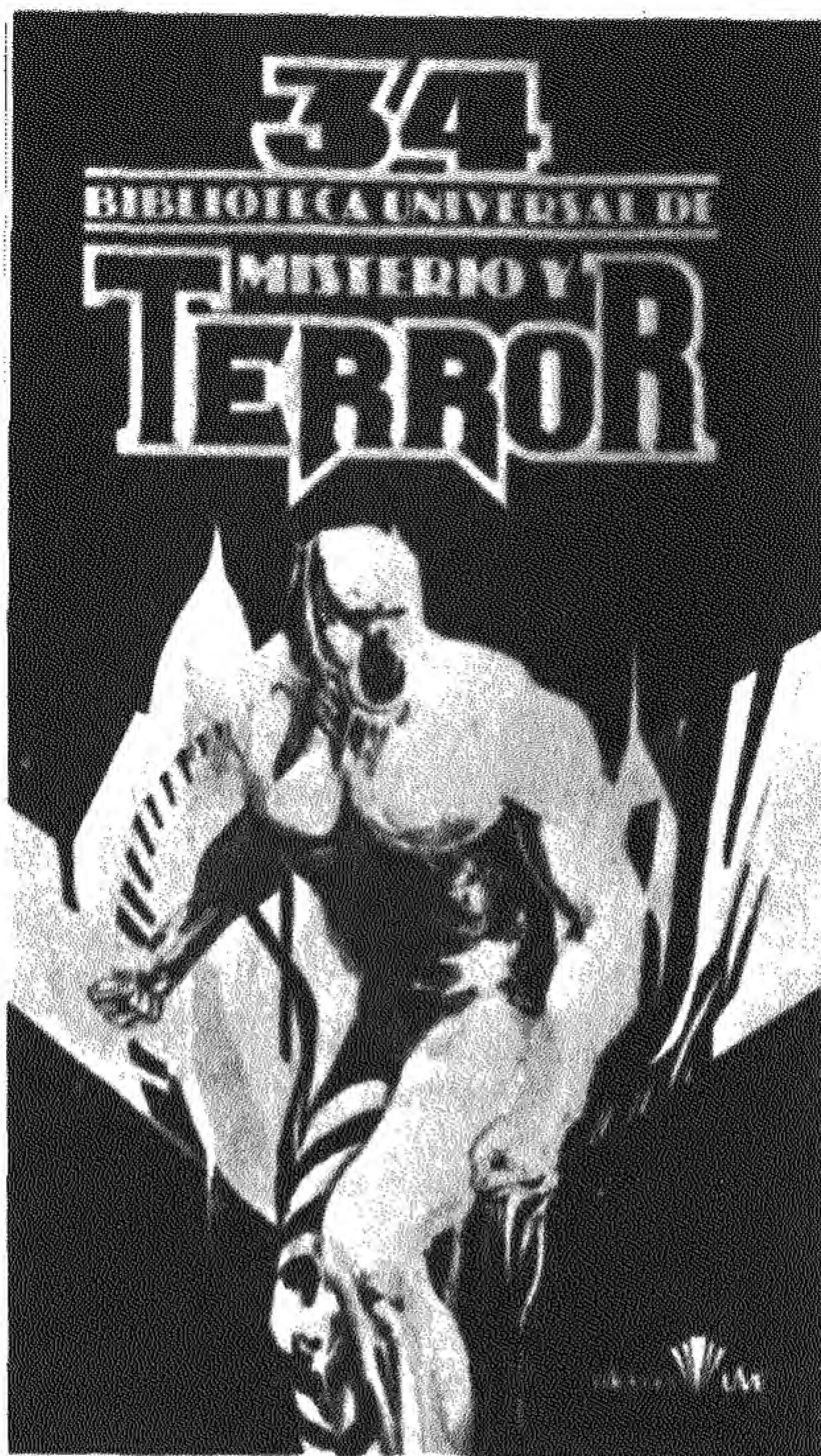
Solté al perro infernal horrorizado, tiritando, mientras gritaba de forma mecánica «¡no!, ¡no!, ¡no!» y la palabra *metempsícosis, metempsícosis, metempsícosis,* repercutía en mi cerebro como si un martillo lo golpease a cada impulso de la sangre en mis venas.

Me abalancé alocado sobre la escopeta cargada que siempre colgaba de una pared del salón, la tomé tembloroso entre mis manos y apunté, ciego, a su cabeza. Seis disparos resonaron en la casa, en la calle; quizá se llegaron a oír en la plaza, en toda la ciudad yacente bajo la nieve. La vieja, despavorida, apareció

en camisón por la escalera del piso alto, mientras el perro negro, con la cabeza convertida en una masa sanguinolenta, aún movía una de sus patas traseras en los últimos estertores y en el retrato de mi padre quise apreciar una tonalidad extraña que cubría de palidez sus mejillas.

Ocurrió hace treinta años. Desde entonces, en noches de borrachera y de frío, he matado a doce perros insistentes.

PROXIMA APARICION



UN CIUDADANO COMUN

EL SERRUCHO

LA MUJER DEL VELO

TERCER GRADO

LOS OJOS DEL AHOGADO

GOLPES EN EL CUARTO TRASTERO

EL DEMONIO DE LA ANTARTIDA

LA TERRAZA


33